

Enero 2005 1

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Provincia Eclesiástica de Madrid

- Nota de prensa ante el aniversario del 11 de marzo 3

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- Vencer al mal con el bien 5
- Se manifestó el Señor 8
- Ante la apertura de la Asamblea del III Sínodo Diocesano de Madrid 11
- Homilía en la Apertura de la Asamblea Sinodal 15
- Carta a todos los niños de Madrid con motivo de la Jornada de la Infancia Misionera 22
- Saludo al Santo Padre con motivo de la Visita "ad limina Apostolorum" 25
- Entrevista en el programa "Iglesia en Madrid" de la Cadena Cope con motivo de la Visita "ad limina Apostolorum" 27

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decreto de constitución de la Asamblea Sinodal y de la Comisión Central del Sínodo Diocesano . 29
- Nombramientos 51
- Defunciones 54
- Actividades del Sr. Cardenal. Enero 2005 56

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Acto de apertura de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de Arganda 57
- Celebración ecuménica de "Oración por la Unidad de los Cristianos" 63
- Bodas de Oro de profesión religiosa de R. M. Esperanza 66

VICARÍA GENERAL

- Actividades diocesanas 73

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos y ceses 75
- Actividades del Sr. Obispo. Enero 2005 76

Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 79
- Defunciones 80

Iglesia Universal

- Discurso de Su Santidad Juan Pablo II al primer grupo de obispos de la CEE en la Visita "Ad Limina Apostolarum" 83
- Mensaje de Su Santidad Juan Pablo II con motivo de la Cuaresma 2005 89
- Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz 93
- Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de los Emigrantes y Refugiados 103
- Carta apostólica a los responsables de las comunicaciones sociales 106

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXIII - Núm. 2764 - D. Legal: M-5697-1958

Provincia Eclesiástica de Madrid

NOTA DE PRENSA ANTE EL ANIVERSARIO DEL 11 DE MARZO

El pasado día 17 de diciembre tuvo lugar la reunión que periódicamente celebran los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid, presididos por el Sr. Arzobispo Metropolitano de la misma, el Sr. Cardenal Antonio M^a Rouco Varela. En ella se acordó que el próximo 11 de marzo, fecha del primer aniversario del terrible atentado terrorista que sucedió en Madrid con 192 muertos y más de 400 heridos, se celebrará la Santa Misa en las Catedrales de Madrid y Alcalá de Henares por el eterno descanso de las víctimas, por todos los heridos y por sus respectivos familiares. Será una ocasión especialmente oportuna para acompañar con la oración y el recuerdo a los más directamente afectados, y para pedir la ayuda del Señor a fin de que reine la paz en nuestro mundo, en nuestras familias y en nuestros corazones.

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

VENCER AL MAL CON EL BIEN

Al comienzo del nuevo año

Alocución para Radio COPE
Madrid, 31 de Diciembre de 2004

Mis queridos hermanos y amigos:

El comienzo del nuevo año ha venido acompañado con noticias procedentes de dentro y de fuera de España cuya gravedad no se puede desconocer. La catástrofe producida por el maremoto en el Sudeste de Asia ha causado muertes, dolor, desolación y desgracia en unas proporciones colosales, desconocidas hasta ahora en la historia de la humanidad; pero, también, ha dado de nuevo ocasión a que ante la impotencia física del hombre para dominar las fuerzas desatadas e incontroladas de la naturaleza se alzase más viva y poderosa aún la respuesta de la solidaridad y de la ayuda fraterna. La humanidad se siente interpelada por el terrible acontecimiento a considerarse y a configurarse como una familia -la FAMILIA HUMANA-, en las relaciones mutuas entre las personas y entre los pueblos y naciones que constituyen la comunidad internacional. También España, en la hora presente, vive desde lo más hondo de las convicciones íntimas de sus ciudadanos, un sentimiento de unión solidaria que abraza a todos. Aún recordamos no sin emoción agradecida la respuesta de los españoles al terrible atentado del 11-M, uniéndose al dolor de las víctimas y prestándoles toda suerte de ayuda, entre la que no

faltó la oración, enraizado en su tradición cristiana más que milenaria. A pesar de las apariencias en contrario, las razones para la esperanza son pues más pujantes que las que pudiesen inducir al desaliento y al pasotismo no comprometido. El Santo Padre avalaba estas razones con renovado y creativo vigor en su Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz de este año inspirado por el pasaje de la Carta del Apóstol San Pablo a los Romanos: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien” (Rom. 12,21).

Efectivamente, se trata de vencer al mal con el bien. No hay otra fórmula válida para conseguirlo. Ni siquiera se logra una superación históricamente eficaz de las situaciones causadas por las fuerzas del mal, al menos a largo plazo, sino es a base de hacer el bien: el bien moral. El Papa recuerda con la clarividencia propia de la visión cristiana del hombre, y que la experiencia personal y comunitaria confirma incesantemente, que “el mal pasa por la libertad humana” y que “tiene siempre un rostro y un nombre: el rostro y el nombre de los hombres y mujeres que libremente lo eligen”. Es más, precisa que “el mal, en definitiva, es un trágico huir de las exigencias del amor”. Dicho con otras palabras: el mal se produce cuando el hombre rompe con el Mandamiento de Dios de amarle a él sobre todas las cosas y al prójimo como a un hermano.

Por ello, ante el panorama que ofrece la humanidad al iniciar la andadura el año nuevo -el año 2005-, marcado por los graves males de carácter social y político que la afligen -los conflictos cruentísimos en Africa, la violencia del terrorismo que no conoce fronteras, el drama iraquí y la situación de enfrentamiento obstinado en Palestina, etc.- apela Juan Pablo II a la necesidad de que hombres de gobierno y responsables de las naciones y de las instituciones internacionales reconozcan la vigencia de lo que él llamó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, hace diez años, la ‘gramática’ de la ley moral universal y traten de aplicarla con efectividad, adoptando las medidas necesarias para ello. Se impone sobre todo una “gran obra educativa de las conciencias” en las nuevas generaciones que ansían y buscan horizontes luminosos y nobles para sus vidas. ¿Dónde se pueden encontrar si no es en un “humanismo integral y solidario”, él que pasa por el reconocimiento neto y el cultivo cuidadoso del bien común en todos los ámbitos donde se articula la dimensión social de la persona humana: “la familia, los grupos, las asociaciones, las ciudades, las regiones, los estados, las comunidades de Pueblos y Naciones”? ¡Cuánto necesitamos en la actualidad, y de modo apremiante en España y en Europa, reavivar la conciencia de las exigencias personales, sociales y políticas que implica el bien común! El Beato Juan XXIII, y más tarde el Concilio Vaticano II y Juan Pablo

II en repetidas ocasiones, lo definían como el conjunto de condiciones sociales que posibiliten y promuevan positivamente el desarrollo integral de la persona: de su dignidad y de todos los derechos fundamentales que le son inherentes, a la vez que facilitan y alientan las actitudes activamente solidarias ante los que sufren más carencias y necesidades.

Sólo así, buscando sin descanso la realización del bien común, es posible la paz. Sólo por la vía de la postergación de los intereses y egoísmos particularista a lo que postula teórica y prácticamente el bien común se puede avanzar en el recto y generoso uso de los bienes de la tierra, de los más primarios y de los más tecnificados, de cara a ese inmenso mundo del hambre que sigue atenazando sobre todo al Continente Africano.

La razón suprema para la esperanza nos sigue viniendo, sin embargo, de lo que celebraba la Iglesia el primer día del año: la solemnidad de Santa María Madre de Dios: el Hijo de Dios nos ha nacido hace dos mil años; su nacimiento sigue actuando entre nosotros con una actualidad siempre fresca e inédita. Su Madre, María, la Virgen de Belén y de Nazareth continúa ofreciéndonoslo como el autor de la vida, fuente del amor misericordioso y de la gracia, como nuestro Salvador. ¡Ella también es nuestra Madre!

A Santa María, Madre de Dios, Nuestra Señora de la Almudena, Virgen Inmaculada, le encomendamos de un modo muy especial en este año que comienza el bien espiritual y material de Madrid y de toda España: ¡quiera conservarnos ella a su lado, en la paz de la noche de la Natividad en Belén y en el amor mutuo que no conoce fronteras, separaciones o divisiones: en el amor con que Dios nos ha amado!

Con los deseos de un año nuevo feliz y en la paz del Señor Jesús, os bendigo de corazón: a todos los ciudadanos y familias de Madrid,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

SE MANIFESTÓ EL SEÑOR

Luz de los Pueblos

Alocución para Radio COPE

Madrid, 8 de enero de 2005

Mis queridos hermanos y amigos:

El Señor se ha manifestado de nuevo como Luz de las gentes. Así aconteció cuando los Magos de Oriente vieron su estrella y acudieron a adorarle en Belén de Judá, donde se encontraba: “entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas le adoraron; después abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra”. Jesús no se ocultó a nadie, ni a los hijos de Israel, ni a ninguno de los pueblos de la tierra. Su condición de Mesías, de Salvador, enviado por Dios para la salvación del hombre, se puso de manifiesto desde el primer momento de su existencia terrena. No sólo María, la Virgen de Nazareth, que lo concibió por obra y gracia del Espíritu Santo, y su esposo San José -ambos le pusieron el nombre de Jesús como les había indicado el Ángel- sino también los pastores y otros fieles de Israel reconocieron que aquel Niño era el Mesías de Dios, el Salvador prometido y anunciado por los Profetas; pero además lo hicieron así aquellos gentiles piadosos que esperaban anhelantes la intervención salvadora de Dios en la historia del hombre y que lo vieron como la luz definitiva para sus pueblos. Tampoco esconderá Jesús su condición de Mesías de Dios cuando da comienzo a su vida

pública. El gesto de pedirle y exigirle a Juan su bautismo, un bautismo de penitencia y conversión para implorar el perdón de los pecados, demostraba abiertamente la verdadera naturaleza de quién era Él y de su misión, aclarada y confirmada por la voz del Padre cuando salía de las aguas del Jordán: “Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto”. La actualidad de la Epifanía de Jesucristo el Salvador y Redentor del hombre sigue viva. Cristo no escamotea al hombre de hoy ni su divinidad, encarnada auténticamente en una naturaleza humana como la nuestra menos en su debilidad pecadora, ni la razón de ser y el objetivo de su misión: que reine Dios en la existencia de cada hombre y de la humanidad entera; para lo que es imprescindible la confesión y el arrepentimiento de los pecados y un cambio radical de vida. Si Dios reina, todo el hombre con su entorno -el mundo y la creación- sana, se recompone, florece y madura en frutos de vida y felicidad eternas. El Señor enseñará luego a sus discípulos a implorar de su Padre ¡venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!

Es bien conocida la caracterización de lo que se denomina por muchos lo típico de la cultura y el pensamiento de nuestro tiempo como “el silencio” e, incluso, “la muerte de Dios”. No sólo son corrientes muy poderosas de la filosofía, de la literatura y del arte contemporáneo las que se han adherido activamente a este olvido o negación de la presencia de Dios en los destinos del mundo y de la historia; también hombres de acción, personajes influyentes en los más diversos ámbitos de la vida pública, han promovido concepciones de la vida y fórmulas de conducta como si Dios no existiese. Y ¿cómo no? la experiencia generalizada, casi universal, de las tragedias sufridas por la humanidad en el último siglo, impotente para detenerlas, ha tentado a muchos de nuestros contemporáneos a pensar en una ausencia de Dios, indiferente ante el inmenso dolor del hombre, sobre todo del más débil e indefenso: de los niños, los enfermos, los ancianos... Sin embargo, la pregunta se alzaba rigurosa y verdadera para todo el que quería ver y actuar sin engaño: ¿lo que estaba y está ocurriendo no se debe precisamente a la obcecación obstinada de las conciencias -quizá de la conciencia colectiva o mentalidad imperante- que se oponen firmemente en la vida, y a la hora de configurarla privada y públicamente, a la luz de la verdad de Dios, manifestada en Jesucristo para siempre desde aquella noche luminosa del Nacimiento de Belén -¡puro esplendor, por cierto, en la mañana del Domingo de la Resurrección!-? Lo que ha pasado a lo largo y a lo ancho del mundo contemporáneo y lo que está teniendo lugar en nuestros días es que el hombre escapa de Dios, lo desafía como a un rival y le cierra herméticamente las puertas de su corazón: a su verdad, a su gracia y a su ley. Los resultados de desgracia y muerte no se dejaron ni se dejarán esperar.

El tiempo litúrgico de la Epifanía constituye, por tanto, para la Iglesia y singularmente para nuestra Archidiócesis, que se encuentra a muy pocas fechas del inicio de la Asamblea del Tercer Sínodo Diocesano, un reto misionero de primera magnitud: no urge únicamente el que la luz del Niño Dios brille en los pueblos a donde apenas ha llegado el anuncio del Evangelio, sino también, y con una gravedad evidente, que lo haga entre nosotros mismos: en el alma y en los estilos de vida de las jóvenes generaciones y de la sociedad en general. ¡Su Salvación, nuestra salvación, están en juego!

Con María, la Virgen Madre de Jesús, Nuestra Señora de La Almudena, unidos piadosa y filialmente a Ella, nos será posible responder a ese reto con entrega apostólica generosa y con frutos de nueva evangelización.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

ANTE LA APERTURA DE LA ASAMBLEA DEL III SÍNODO DIOCESANO DE MADRID

Carta del Emmo. Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid

Alocución para Radio COPE
Madrid, 14 de enero de 2005

Mis queridos hermanos y amigos:

Hemos llegado a la última y decisiva etapa del III Sínodo Diocesano de Madrid. El camino sinodal que iniciábamos juntos en el curso pastoral 2002/2003 ha llegado a su momento culminante. Las reuniones de los miles de grupos sinodales realizadas y vividas estos dos últimos años en torno al gran reto eclesial que nos ha convocado, la transmisión de la fe en y por medio de nuestra comunidad diocesana, la Iglesia Particular de Madrid, a la sociedad madrileña de hoy y del mañana confluirán en la Asamblea General, presidida por el Pastor de la Diócesis, como un valiosísimo caudal espiritual y pastoral: de oración, de escucha de la Palabra de Dios, de su aplicación a las circunstancias concretas de nuestras vidas y de propuestas de conversión y de un más hondo compromiso apostólico. Para participar en este gran encuentro eclesial, han sido llamados los Sres. Obispos Auxiliares y todos aquellos Presbíteros, consagrados y fieles laicos que según las exigencias de la comunión eclesial, recogidas y ordenadas por las normas canónicas, reflejan mejor

la realidad de la Iglesia diocesana, mirada y expresada, sobre todo, en los grupos sinodales y en sus representantes.

Si la fase preparatoria del Sínodo fue presentada y, luego, gozosamente verificada por la inmensa mayoría de los que tomaron parte en ella como un proceso espiritual de conversión y de renovación personal y comunitaria, con tanta o mayor razón hemos de vivir de este modo su etapa final: la Asamblea Sinodal. Hemos orado insistentemente al Espíritu desde los primeros pasos de nuestro “caminar juntos”, pidiéndole “Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”; hemos estudiado los temas propuestos en los cinco cuadernos de trabajo con la disposición interior de reconocer a la luz de la Palabra del Señor lo que su Espíritu nos quería decir para nosotros y nuestra Iglesia Diocesana; hemos formulado puntos de vista, alumbrado actitudes y ofrecido propósitos comprometidos de vida cristiana y de acción apostólica a realizar dentro y fuera de la comunidad diocesana con el más genuino estilo de lo que implica la comunión eclesial, conscientes de que sólo dentro de la Iglesia se encuentra a Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, en toda su verdad y belleza. Sólo viviendo plenamente en el Misterio de Comunión que es la Iglesia se nos abren totalmente los ojos de la fe para ver, mirar y contemplar su rostro humano-divino, para poder sumergirnos en su Misterio de amor redentor. Sabíamos que sólo buscándolo a Él, tratando de escuchar y oír su voz, de seguirle en su Vida, Pasión, Muerte y Resurrección, en una palabra, de conformarnos interiormente con Él, estaríamos en condiciones de ser sus testigos ante el mundo: testigos auténticos, fieles, que no se anuncian a sí mismos ni a sus proyectos de vida, sino que gustan ser con sus palabras y con sus obras pura transparencia de Jesucristo y para Jesucristo... Así, podremos evangelizar en verdad, sin engaños ni falsas componendas: seremos capaces de transmitir la fe íntegra, plena, gozosa, salvadora.

Despejado espiritual y eclesialmente el camino sinodal, la Asamblea del III Sínodo Diocesano de Madrid encuentra el ambiente apropiado para iniciar y desarrollar su trabajo: ambiente de oración que permite que se acoja al Espíritu Santo en la mente y en el corazón de cada sinodal y de toda la Asamblea; en el que se examinan y deliberan los temas y conclusiones a partir de la común y fiel recepción de la Palabra de Dios, escuchada y experimentada en la comunión de la doctrina, la vida y la gran disciplina de la Iglesia Universal guiada por el Magisterio de sus Pastores, del Sucesor de Pedro y del Colegio Episcopal del que es Cabeza visible; abriéndose a las enseñanzas del Concilio Vaticano II, iluminadas y actualizadas por

Juan Pablo II de forma especialmente rica y apremiante; dejándose impregnar por la gracia y los dones del Espíritu Santo en el trato mutuo dentro y fuera del aula sinodal..., practicando el amor y la caridad fraterna que distingue a los discípulos del Crucificado y Resucitado. ¡Los frutos de transformación interior, de un nuevo fulgor apostólico, de un encenderse la esperanza en nuestra Diócesis no se harán esperar!

Sobre todo, si perseveramos en la oración con María, la Madre de Jesús, a quien invocamos como Ntra. Sra. de La Almudena. Ella ha acompañado amorosamente a la Iglesia en Madrid desde los albores del segundo milenio en todos los nuevos y prometedores caminos que sus pastores y fieles se ha propuesto emprender para acercarse más y mejor a su Hijo y a su Evangelio. Este hecho tan característico de la historia cristiana de Madrid no ha de ser olvidado en esta hora inicial de la Asamblea Sinodal. Los cristianos madrileños han aprendido siempre a través de su piedad y amor filiales para con la Virgen de La Almudena a sentir su amparo maternal en todas las circunstancias de la vida, especialmente las más trascendentales para su futuro. Confiados a Ella por Jesús al pie de la Cruz, la invocan hoy como sus antepasados: hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo con una certeza nueva; y se dirigen a Ella fervorosamente como Madre de la Iglesia.

Estamos seguros de que en esta oración por los frutos de su III Sínodo Diocesano, estará unida en torno a María toda la Iglesia en Madrid, especialmente sus comunidades contemplativas femeninas y muchas almas entregadas al Señor por la vía de la consagración o de la santificación de la vida ordinaria, a las que se han adherido otras muchas -nos consta- de las Diócesis hermanas de nuestra Provincia Eclesiástica y de toda España. No hay duda: lo que fue un clima gozoso de oración sinodal en la fase preparatoria se intensificará aún más en este momento tan decisivo de la Asamblea Sinodal.

Queremos contar también con la intercesión especialísima de los Santos y Mártires madrileños que han sido beatificados en los últimos años, especialmente los que han sido canonizados ya en pleno desarrollo del Sínodo: los dos del año 2002 -San Alonso de Orozco y San Josemaría Escrivá- y los cinco de la Plaza de Colón del 3 de mayo del 2003 -San José María Rubio y San Pedro Poveda, Stas. Genoveva Torres, Ángela de la Cruz y María Maravillas de Jesús-. Y, por supuesto, estamos siempre ciertos de la protección de nuestros humildes y sencillos patronos, San Isidro y Santa María de la Cabeza.

¡Suena de nuevo, exigente y gozosa a la vez, la hora del Evangelio, la hora de una nueva Evangelización en Madrid!

¡Alumbra la esperanza!

El próximo sábado día 22 de enero inauguraremos, Dios mediante, la Asamblea del Tercer Sínodo Diocesano de Madrid con una solemnísimas celebración de la Eucaristía en la Catedral de Nuestra Señora la Real de La Almudena, a las cinco de la tarde. ¡Estáis invitados todos!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

HOMILÍA EN LA APERTURA DE LA ASAMBLEA SINODAL

Catedral de La Almudena, 22 de enero de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

I. Hemos llegado al momento culminante del III Sínodo Diocesano de Madrid. Con esta solemnísimas celebración de la Eucaristía en la Catedral de Nuestra Señora la Real de la Almudena, Iglesia Madre de la Archidiócesis, inauguramos la Asamblea Sinodal.

Si todo el recorrido de la fase preparatoria ha ido envuelto en la oración ferviente de la Iglesia diocesana que ha invocado constantemente a lo largo de sus dos años de duración la presencia y la acción del Espíritu Santo sobre todo el quehacer de los organismos y de los grupos sinodales, con tanta o mayor razón hemos de disponernos todos, pastores y fieles, en su etapa final, a intensificar ese clima espiritual de súplica, de alabanza y de acción de gracias al Señor. Sin duda alguna, la clave más importante para comprender los frutos eclesiales alcanzados ya en la vivencia de la preparación del Sínodo ha sido la de la oración que ha ambientado espiritualmente las reuniones de los grupos sinodales y mantenido vivo el interés por el Sínodo de toda la comunidad diocesana. Son bien elocuentes al respecto los testimonios de tantos sinodales sobre la experiencia vivida en sus grupos. Se han sentido tocados interiormente por el Señor, han descubierto como una gratificante

novedad la dimensión apostólica de su vocación cristiana, han visto cómo renacían en sus almas el deseo y las ansias de Evangelización, o lo que es lo mismo, la conciencia de saberse testigos del amor de Cristo, compartido en la comunión eclesial, y que ha de ser transmitido con esperanza a los hermanos dentro y fuera de los límites visibles de la Iglesia, han caído en la cuenta de su responsabilidad en el ejercicio de la misión de la Iglesia en nuestra sociedad de Madrid... Los frutos del Espíritu Santo han sido palpables en la experiencia sinodal de la fase preparatoria. “Los frutos del Espíritu son amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí...”, decía San Pablo a los Gálatas (Gal 5,22). ¡Eh aquí la cosecha espiritual que hemos recogido ya en el camino sinodal recorrido hasta ahora!

¡Cuánto importa, pues, que la Asamblea Sinodal se sitúe desde el primer momento de su itinerario de trabajo en ese marco de la oración de la Iglesia que encuentra en la Liturgia Eucarística su máxima y plena expresión! La Eucaristía es la oración de la Iglesia por excelencia, la de su acción de gracias, alabanza y súplica al Padre por Cristo, con Cristo y en Cristo. El es el único mediador entre Dios y los hombres, el Sumo y Eterno Sacerdote, Pastor de nuestras almas, que actualiza el sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre en la Cruz por la salvación del mundo en este Sacramento admirable, incorporando a la Iglesia a su oblación de amor redentor. Porque de esto se trata, a fin de cuentas, en todo el proceso sinodal -en su fase preparatoria y en la conclusiva o final-, de que cada uno de nosotros y todos los fieles de la comunidad diocesana de Madrid se incorporen más auténtica y hondamente al Misterio de Cristo, a fin de que Él -su rostro, su palabra, su obra salvadora...- sea percibido con mayor transparencia por nuestros contemporáneos como el Hijo de Dios, hecho hombre y muerto y resucitado por nosotros; lo acojan en sus vidas, se conviertan y se salven. ¡La Buena Noticia de Cristo, Salvador del hombre, ha de ser nuestra “noticia”, “la noticia” del III Sínodo Diocesano de Madrid! Todos nuestros esfuerzos sinodales, nuestro paciente e ilusionado “caminar juntos” en los dos largos años de preparación y en los meses que nos esperan de sesiones de la Asamblea Sinodal hasta su conclusión el próximo 15 de mayo, merecerán la pena si nos dejamos cautivar de nuevo por Cristo y nos disponemos a ser sus testigos en la comunión de la Iglesia, si los madrileños de esta hora histórica se dejan fascinar y seducir por Él como nosotros.

¡Hagamos nuestra sin ningún género de relativización doctrinal, ni de dubitación personal o pastoral la solemne confesión de fe con la que el Concilio Vatica-

no II culmina la primera parte de la “Gaudium et Spes”, su Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo de nuestro tiempo:

“El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se hizo carne de modo que, siendo Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones. El es Aquel a quien el Padre resucitó de entre los muertos, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, peregrinamos hacia la consumación de la historia humana, que coincide plenamente con el designio de su amor: *Restaurar en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra* (Ef 1,10).

Dice el mismo Señor: *He aquí que vengo presto y conmigo mi recompensa para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin* (Ap 22,12-13).” (GS, 45).

Y, sobre todo, deberíamos ser capaces, desde ahora mismo, en esta celebración eucarística, en el umbral de la Asamblea Sinodal, poder sentir en nuestro corazón y decirle a Cristo como Santa Teresa de Jesús:

“Considero yo muchas veces, Cristo mío, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos a quien os ama y Vos, bien mío, queréis mirar con amor. Paréceme que sola una vez de este mirar tan suave a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio”.

¡Cristo es nuestro premio y el premio del hombre! ¡Oh, cómo necesitan saberlo y hacerlo suyo y apropiárselo -permítasenos la expresión- los niños, los jóvenes, los matrimonios y familias, los enfermos, los ancianos, los pobres, los emigrantes... toda la sociedad de Madrid!

II. El escenario histórico, en el que vamos a iniciar los trabajos de la Asamblea Sinodal, se asemeja en muchos de sus rasgos culturales y sociales al que caracterizaba “el país de Zabulón y el país de Neftalí... camino del mar, al otro lado del Jordán, la Galilea de los gentiles” en tiempo del Profeta Isaías. Israel, al que los Reyes descendientes de David son incapaces de mantener unido, se ve en el sur y en el norte, sin exceptuar la ciudad santa, Jerusalén, desolado y llevado al exilio. Las soluciones que se arbitran para detener la catástrofe militar

y humana apuestan por la vía del puro poder humano en la acción política, social y religiosa, olvidando a Yahvé y a su ley y corrompiendo su culto. La ruina se acelera. El final no pudo ser más catastrófico. Isaías responde con las profecías del EMMANUEL: sólo los caminos de Dios conducen a la esperanza. ¡Su Mesías, su Ungido, los salvará y liberará para siempre de la iniquidad y de la muerte!

Pero más significativo aún para comprender la gravedad del actual momento histórico es el hecho -por cierto, histórico-salvífico- de que somos sabedores de que Jesús, el Mesías, ha llegado y “se estableció en Cafarnaún, junto al lago”, precisamente el territorio de Zabulón y Neftalí, como la luz grande que había profetizado Isaías para iluminar al pueblo que andaba en tinieblas y a todos los que habitaban “en tierra y sombras de muerte” (Mt 4,16); y de que, después de haber sido bautizado con agua por Juan en el Jordán y por el Espíritu que descendió sobre su cabeza en figura de paloma, había sido identificado por el Padre como su Hijo amado: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3,17). Y sabedores aquí, en Europa, en España, en Madrid. Lo sabemos desde hace prácticamente dos mil años: desde los comienzos mismos del acontecimiento cristiano. ¡Nosotros hemos conocido al Mesías y hemos creído en Él! En las raíces de nuestra cultura, de nuestra patria, de nuestra ciudad y de nuestros pueblos, en la cuna de nuestras familias se ha sembrado la semilla de la fe cristiana desde el principio de nuestra historia común.

Y, sin embargo, grandes y poderosas corrientes de pensamiento e influyentes centros e instituciones del poder económico, cultural y político se han propuesto prescindir hace tiempo de toda referencia y atención a la voluntad de Dios a la hora de trazar los marcos sociales y jurídicos de la vida y del futuro de los ciudadanos, incluso en la forma como es reflejada en la misma naturaleza de las cosas. Predomina una convicción: la de que la clave de la felicidad y, por lo tanto, la facultad omnímoda de establecer los criterios del bien y del mal se encuentran única y exclusivamente en las manos y en el poder del hombre. Es tan vasta e intensa esta convicción que ha logrado obnubilar la conciencia colectiva. La visión del dolor, de la miseria física y moral, de la desestructuración de las personas y de las familias, la constatación de la frustración y de la desesperanza que embarga a tantos de nuestra sociedad se oculta y encubre sistemáticamente. Ni siquiera la terrible experiencia del terrorismo que nos acecha y de su último y espantoso atentado el 11 de marzo del pasado año, nos hace despertar. Se peca masivamente; con osadía, unas veces, y, otras, con displicente ligereza. La “apostasía silenciosa”, de la que habla el Papa

en la Exhortación Postsinodal “Iglesia in Europa”, comienza a ser realidad entre nosotros.

Los peligros que se ciernen por la negación del Evangelio por parte de sociedades que fueron cristianas, los predecía y anunciaba ya en los años que siguieron inmediatamente a la II Guerra Mundial Romano Guardini: la pérdida del valor sagrado de todo ser humano, la inviolabilidad de la persona y de sus derechos fundamentales, el significado del verdadero matrimonio y de la familia, la deshumanización de la sociedad... “cada hora de la historia -decía él- que excluya la posibilidad de la influencia de esta verdad -la verdad objetiva de la Revelación cristiana-, se encuentra amenazada en lo más íntimo de sí misma” (Romano Guardini, *Das Ende der Neuzeit*, 1986, 10ª ed., pag. 87-88). Su pronóstico se está cumpliendo al pie de la letra. ¿Qué hacer? Abrir los corazones a la esperanza aquí y ahora como entonces en Galilea, junto al lago, la tierra antigua de los gentiles, escuchar y seguir a Jesús: “Convertíos porque está cerca el Reino de los Cielos” (Mt 4,32).

III. ¡No hay tiempo que perder! El Reino de Dios está cerca, el Señor ha venido ya; está presente y opera en su Iglesia; vendrá al final de los tiempos como Juez de vivos y muertos en Gloria y Majestad. Está pasando a nuestro lado en este momento excepcional de la vida de la Iglesia diocesana de Madrid para decirnos a todos los sinodales: “Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres”. Nuestra respuesta no puede ser otra que la de Pedro y Andrés, de Santiago y Juan: dejar “las redes”, “la barca”, “al padre” y seguirle. Cada uno ha de responder de acuerdo con su vocación y misión dentro de la Iglesia. La invitación adquiere para el Obispo diocesano y sus Obispos Auxiliares un requerimiento absoluto en el que han de participar los Presbíteros y Diáconos según los grados del Sacramento del Orden recibido: su vida no tiene otro sentido ni otro campo de realización que la actualización fiel del testimonio y ministerio de “los Doce” al servicio incondicional de la Evangelización. Los consagrados y consagradas lo harán, encarnando en la existencia diaria el estilo de vida de Jesús, pobre, obediente y virgen. Los fieles laicos, testificando en medio de las realidades de este mundo con sus obras y palabras la verdad que nos salva: el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

La llamada del Señor va dirigida a todos; no sólo a nosotros, los que formamos la Asamblea Sinodal, sino también a los sacerdotes, religiosos y fieles laicos que han participado tan generosa y activamente en los grupos sinodales; ¡es más! todos los hijos de la Iglesia en Madrid deben sentirse aludidos. Y la llamada es

acuciante; mucho más de lo que era aquel día del paso de Jesús junto al lago de Galilea en que llamó a sus primeros Apóstoles. Ahora nos llama desde la Cruz Gloriosa, sentado a la derecha del Padre, ofreciendo eternamente su sacrificio redentor por los hombres ;víctima aceptada por el Padre! Nos llama Él, el Cabeza, Esposo y Pastor de la Iglesia sobre la que ha derramado y derrama incesantemente el Espíritu Santo: Espíritu del Padre y del Hijo. Oponerse, resistirse o pasar de largo ante su llamada que nos apremia a la evangelización de Madrid, equivale a un gravísimo rechazo de la Gracia, del amor infinitamente misericordioso del Padre que brota a raudales del Corazón del Salvador, y del don del Espíritu Santo. Significaría además inevitablemente negarse al amor fraterno, hurtarle al prójimo, a los que comparten con nosotros vida y destino en la sociedad madrileña, el bien más grande, la prenda y prueba más auténtica del amor: el Evangelio de Jesucristo, Redentor del hombre y la casa común de la Iglesia. Y, ello, cuando más lo necesitan: en una coyuntura histórica en la que una crisis cultural, moral y espiritual de enorme gravedad nos está conduciendo a todos personal y socialmente a un callejón sin salida.

IV. El III Sínodo Diocesano de Madrid quiere ser un Sí de toda la Iglesia Diocesana a la Evangelización, a la actualización apostólicamente comprometida del testimonio de la Fe de nuestros mayores que generación tras generación renovaron con fidelidad inquebrantable siempre, y, no raras veces hasta el límite del martirio, su adhesión y amor a Cristo y a la Iglesia. Un Sí que puede y debe ser fecundo en frutos de renovación de toda la vida cristiana y de la misión pastoral de la Iglesia Diocesana. Un sí que puede y debe cuajar ya en la experiencia misma de la Asamblea Sinodal que se siente animada por la exhortación de San Pablo a los Corintios: “Estad bien unidos con un mismo pensar y sentir”. ¡Estemos unidos en Cristo, dispongámonos a través de nuestra tarea sinodal “a anunciar el Evangelio... no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la Cruz de Cristo”, sino con la fuerza de la Palabra que es Él mismo (Cfr. 1Cor 1,10-13.17).

“Ad Jesum per Mariam”. Dejémonos guiar interiormente en toda la actividad sinodal por esta máxima de la espiritualidad cristiana, fruto exquisito de la mejor piedad mariana de la Iglesia. Invoquemos a María, la Virgen, la Madre Inmaculada del Señor, con la Iglesia que al concluir el Concilio Vaticano II la ha reconocido y honrado con el título de Madre de la Iglesia. Entonces reinará la caridad entre nosotros; buscaremos solamente a Cristo y nada más que a Cristo para transmitirlo cada vez mejor a nuestros hermanos; los madrileños experimentarán más cercanamente aquella verdad enseñada por el Concilio, y tan reiterada por el Ma-

gisterio de Juan Pablo II, de que “el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo con todo hombre” (GS 12) y todos sentiremos la alegría y el gozo de la fraternidad cristiana... En la Archidiócesis de Madrid alumbrará la esperanza con nueva luz y esplendor.

Celebramos esta Eucaristía de apertura de la Asamblea del III Sínodo Diocesano de Madrid en la comunión visible de la Iglesia Una, Santa y Católica y Apostólica que preside el Sucesor de Pedro, Juan Pablo II; inmersos en la comunión invisible de los Santos, especialmente de los numerosos Mártires y Santos madrileños de todos los tiempos; y, sobre todo, unidos con piedad y amor filiales a la Virgen, Nuestra Señora de La Almudena, nuestra Patrona y Madre... ¿cómo no sentirnos animados a emprender esta última etapa de nuestro camino sinodal con fe íntegra e inquebrantable, con confianza y fidelidad gozosa y con ánimo y amor ardiente? Orando y confiando en el Señor, los frutos de la Nueva Evangelización en Madrid serán seguros.

¡En Madrid alumbra la esperanza!

Amén.

«ABRE TUS OJOS A LA MISIÓN»

Carta a todos los niños de Madrid con motivo de la Jornada de la Infancia Misionera

Madrid, 23 de enero de 2005

Mis queridos niños y niñas:

¿A que no sabéis qué es lo más atrayente que Dios ha puesto en vosotros? Os lo diré enseguida: son los ojos, siempre grandes, por donde se asoma la belleza de vuestra alma y vuestro interior. Así le ocurría a Jesús. Sus ojos eran especiales, y cuando los primeros discípulos se encontraron con su mirada quedaron cautivados por el amor inmenso que transparentaba. Una vez se le acercó un joven para preguntarle qué tenía que hacer para alcanzar la vida eterna, y nos cuenta el evangelio de San Marcos que Jesús, antes de decirle que vendiera todos sus bienes, pues era muy rico, se los diera a los pobres y lo siguiera, “lo miró con amor”. Aquel joven, a diferencia de los Apóstoles, no siguió a Jesús, y nos dice el evangelista que “se fue triste”. Era lógico. Aunque tuviera muchas cosas, al no quedarse con Jesús, no podía ser feliz. Si hubiese tenido sus ojos más abiertos, si se hubiera fijado más en los ojos de Jesús, seguro que lo hubiera seguido, y entonces no estaría triste, sino muy contento.

Vosotros, sin duda, queréis estar muy contentos, y sólo lo estaréis de verdad si dejáis que Jesús os mire con sus ojos, y vosotros a Él. Dios os ha dado los ojos para “ver” tantas cosas maravillosas como ha creado en el mundo, pero sobre todo para “mirar” a las personas, y en primer lugar a vuestros padres, y a cuantos os miran con amor. Como Jesús. Por eso es tan importante tener los ojos bien abiertos, como dice el lema de la Jornada de la Infancia Misionera que vamos a celebrar el domingo 23 de enero: “Abre tus ojos a la misión”. Con motivo de esta Jornada tan bonita os escribo esta carta, como siempre en estos días primeros del Año Nuevo, cuando todavía tenéis muy vivo en el corazón el gozo de las celebraciones del Nacimiento de Jesús, y de los regalos de los Reyes Magos. Y por eso quiero también felicitaros, a vosotros y a vuestras familias, y desearos un año 2005 lleno de las bendiciones de Dios.

En estos días de Navidad, seguro que vuestros ojos han visto muchas luces, de todos los colores, por la calle y también en casa, iluminando el Belén o adornando el árbol. Todas esas luces son como una señal del Niño Jesús. ¡Él es la Luz del mundo! Sus ojos, llenos de luz, llenos de amor, no dejan de mirar a vuestros ojos, para que también vosotros, mirándole a Él, os llenéis de esa misma luz y de ese mismo amor, y podáis así mirar como Él a todas las personas, al mundo entero. Como los primeros Apóstoles, cada uno de vosotros también ha dicho a Jesús: “Sí, quiero seguirte”, ¿verdad? Sólo estando con Él puedes ser feliz, y puedes hacer felices a los demás, a los pequeños y a los mayores, a los de cerca y a los de lejos, a todo el mundo. Y eso, justamente, es ser misionero, haciendo lo que nos dice el lema de la Infancia Misionera: “Abre tus ojos a la misión”.

Al abrir los ojos y mirar al mundo con amor, ¿verdad que deseáis llevar a todos la luz maravillosa de la mirada de Jesús, nuestro Salvador? No tengáis miedo de abrir bien los ojos y mirar a nuestros hermanos los hombres, para llevarles a Jesús, especialmente a los más pobres y necesitados, y también a los que tienen muchas cosas, como aquel joven rico del que nos hablan los evangelios, pero les falta lo más indispensable para vivir, y ser felices, que es la compañía de Jesús. Y no hace falta que vayáis a países lejanos. Algunos de vosotros, cuando seáis mayores, quizás seáis misioneros en esos lugares lejanos, pero ahora mismo lo sois aquí mismo, en vuestra casa y en el colegio, entre vuestros amigos y compañeros, en todas partes y con todos. Son muchos los que no conocen a Jesús, y es encontrándose con vosotros, con vuestra mirada, como podrán conocer a Jesús, y seguirle y ser felices. ¡Mirad a todos siempre con ojos de amor, con la misma mirada de los ojos de Jesús!

En la Jornada de la “Infancia Misionera”, que es una Obra que está directamente unida al Papa, los niños sois los principales protagonistas, vosotros y tantos otros niños y niñas en todo el mundo, que necesitan vuestra ayuda. Hay muchos que pasan hambre y tienen toda clase de sufrimientos; en estos días todos estamos muy preocupados por las víctimas del maremoto en el sudeste de Asia, por tantos niños que se han quedado huérfanos, o tienen enfermedades. Hay muchas personas buenas que han acudido a ayudarles, pero vosotros, desde aquí, también podéis hacerlo. ¿Cómo? Lo primero de todo, con vuestra oración, rezando por ellos, y por todos los niños del mundo, y viviendo muy unidos a Jesús, porque de este modo también estáis unidos con ellos, por medio de Jesús, que nos abraza a todos como hermanos de una misma familia, hijos del mismo Padre bueno del cielo. Y pedidle a Él en vuestra oración, sobre todo, que sientan a Jesús muy cerca de ellos, y que tantos niños y niñas que todavía no le conocen puedan ver su mirada de amor a través de otros cristianos, y así seguirle y encontrar la alegría de la Salvación.

Antes de despedirme, quiero recordaros que, para vivir unidos a Jesús, tenemos que acercarnos a la Eucaristía, donde Él mismo nos espera para darnos el alimento de su Cuerpo y de su Sangre. Este año, además, ¡es el Año de la Eucaristía! Así lo ha establecido el Santo Padre Juan Pablo II, y por eso todos en la Iglesia, mayores y pequeños, vamos a procurar más que nunca vivir muy bien la Misa y comulgar los domingos y fiestas, y los que podáis, también entre semana, ¿verdad que sí? También este año, especialmente en España, ¡es el Año de la Inmaculada! ¿Quién está más unido a Jesús que su Madre Santísima, la Virgen María? Unidos a Ella, que es también vuestra Madre, y vuestra Maestra, es como mejor os podéis unir a Jesús. Sus ojos llenos del amor de Madre, los mismos con los que miraba al Niño Jesús, os miran también a cada uno de vosotros. Dejaos mirar por Ella, y miradla igualmente vosotros con ojos de amor. Y a Ella, Santa María de la Almudena, os encomiendo de corazón, a todos vosotros y vuestras familias.

Con un beso para todos, recibid mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

SALUDO AL SANTO PADRE DEL
EMMO. SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID
CON MOTIVO DE LA VISITA AD LIMINA
DE LOS OBISPOS DE LAS
PROVINCIAS ECLESIAÍSTICAS DE BURGOS,
MADRID, MÉRIDA-BADAJOS,
OVIEDO, PAMPLONA, VALLADOLID, TOLEDO,
ZARAGOZA Y ORDINARIO MILITAR

Santo Padre: damos gracias a Dios por este don de la *Visita ad limina apostolorum* de los hermanos obispos de las provincias eclesiásticas de Burgos, Madrid, Mérida-Badajoz, Oviedo, Pamplona, Valladolid, Toledo, Zaragoza y Ordinario Militar. En nombre de los señores arzobispos y obispos tengo la honda satisfacción y el gozo de agradecerle de corazón su cariñosa y paternal acogida. Venimos a orar, con la mirada que nos donan los ojos de la fe, ante las tumbas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, a manifestar nuestra comunión con Su Santidad -el Sucesor de Pedro, Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia Universal- y a renovar nuestra adhesión a la Católica “cum Petro et sub Petro”. Venimos a Su encuentro los obispos de las diócesis de una gran parte de la geografía española. Todas ellas son herederas de un rico legado católico, casi dos veces milenario, y guardan una grandiosa historia que es hermoso reflejo de nuestras raíces cristianas, siempre prontas a acoger las riquezas de la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica y a transmitir a las demás Iglesias del orbe cuanto han recibido. La Caesaraugustana, la

Toletana y la Emeritense, junto a las otras Iglesias particulares -algunas muy jóvenes, como ocurre con la Diócesis de la Provincia Eclesiástica de Madrid- son un glorioso capítulo de la historia eclesial de España, siempre benéfica para todos los pueblos. No pocas de las Iglesias que peregrinan en estos lugares guardan con mimo el recuerdo y la memoria imborrable de sus Visitas Pastorales, especialmente la realizada los días 3 y 4 de mayo del año 2003. Los cinco nuevos santos canonizados en esta ocasión, todos ellos de nuestra España contemporánea son buena prueba de esa fecunda herencia recibida desde la más temprana evangelización en la Hispania romana.

Su presencia, Santo Padre, su aliento apostólico y su ejemplo nos empuja a guiar a nuestro pueblo por los caminos de la santidad. Venimos de una tierra de santos que, al igual que los otros pueblos de Europa, está viviendo un momento decisivo, con mutaciones en el orden moral que nos obligan a vivir con especial fidelidad el legado recibido y a entregarnos sin límites a la nueva evangelización. La dolorosa amenaza y la espiral de la violencia terrorista, una “estructura de pecado” que pervierte las conciencias, la “cultura de la muerte” que nos aboca a la apostasía silenciosa, el relativismo que desfigura el auténtico sentido de la criatura humana, del bien y de la verdad del hombre, hace que renovemos, con especial hondura, nuestra comunión con el Vicario de Cristo, con Cristo mismo, “en Quien radica la salvación del mundo”.

Confiamos que los jóvenes -los “centinelas del mañana, la esperanza de la Iglesia y del Papa, el pueblo de las bienaventuranzas”- puedan encontrar a Jesucristo, y como auténticos santos de hoy se conviertan en apóstoles de nuestros contemporáneos. Ponemos con ilusión nuestra mirada en la próxima Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, donde, Dios mediante, los jóvenes del mundo podrán proclamar, alentados por la entrega de Su Santidad, que adorar a Jesucristo es la acción más bella que puede realizar la criatura humana.

Santidad, queremos escuchar su palabra y sus orientaciones, ofrecerle lo mejor que conocemos de nuestras Iglesias particulares, expresarle nuestro mas hondo agradecimiento a Dios por su entrega, por su servicio incansable, en definitiva, por su vida, y pedimos al Omnipotente, con la intercesión de la Inmaculada, Patrona de España, que sus desvelos y sus preocupaciones den frutos de vida eterna en España y en toda la Iglesia en España, y en toda la Iglesia, para la salvación de la Humanidad entera.

¡Muchas gracias de corazón, Santo Padre, por recibirnos!

ENTREVISTA EN EL PROGRAMA "IGLESIA EN MADRID" DE LA CADENA COPE CON MOTIVO DE LA VISITA "AD LIMINA"

Habr  muchas personas que desconozcan lo que es una Visita *ad limina*...

Es posible, aunque es una forma de relaci3n personal y eclesial, entre los obispos y las di3cesis a las que pastorean, con el Papa, obispo de Roma y sucesor de Pedro: el Pastor de la Iglesia universal. Las Visitas *ad limina Apostolorum* tienen una larga historia, pluricentenario, casi milenaria; lo que hace el obispo en estas Visitas es ir a Roma a las *tumbas de los Ap3stoles* Pedro y Pablo para orar ante ellas, renovar as3 espiritualmente y visiblemente sus lazos de uni3n con el que sucede al Ap3stol Pedro, y de alg3n modo tambi3n al Ap3stol Pablo, entrando as3 con toda su alma y con toda su di3cesis en la unidad y la comuni3n de la Iglesia universal, de una manera muy personal, como el pastor de la misma. Esta Visita va unida a la visita al Papa y, luego, a los dicasterios donde los colaboradores del Papa se ocupan de ayudarle en los distintos campos de la vida y la acci3n pastoral de la Iglesia.

¿Podr3 hacernos un balance de la presente Visita *ad limina*?

La presente Visita *ad limina*, que seg3n el Derecho Can3nico se debe realizar cada cinco a3os por parte de los obispos de toda la Iglesia y de todo el mundo, se ha retrasado un poco con relaci3n a la 3ltima del a3o 1997. 3sta es mi

primera Visita *ad limina* como Obispo de Madrid donde, efectivamente, puedo tratar los problemas de nuestra Archidiócesis a fondo con el Santo Padre y sus colaboradores. Ha sido, por lo tanto, más concreta, más fructífera, en el sentido de que la información fue más honda, más plena en relación con la vida de la Iglesia diocesana de Madrid. Los Obispos Auxiliares han estado conmigo siempre, todos estos días, al igual que los Obispos de las diócesis sufragáneas de Getafe y de Alcalá de Henares; por lo tanto, nuestra información se ha referido a toda la vida de la Iglesia en lo que fue la vieja diócesis de Madrid, pero también lo que es hoy: una Provincia Eclesiástica con tres diócesis.

Desde mi punto de vista, la visita tuvo una nota de mayor concreción, de mayor plenitud, yo creo también que de mayor provecho y eficacia pastoral y espiritual para nosotros, que la última.

Ésta es su primera Visita *ad limina*. ¿Hay alguna consecuencia pastoral concreta para nuestra Archidiócesis en el tiempo presente?

Era la segunda, sólo que la primera la hice con muy poco tiempo del ejercicio del ministerio en Madrid y, por lo tanto, con poca posibilidad de ofrecer, de manera personal, una visión de la situación de la Iglesia de Madrid, de su presente y de su futuro.

Yo diría que esta Visita nos ha puesto en la certeza que ya habíamos alimentado durante estos años, y que ahora va a ser muy reforzada con la celebración del Sínodo. He escrito una carta a los sinodales disculpándome por no poder asistir a esta primera sesión; es imposible compaginar la Visita *ad limina* con la del Sínodo. El calendario del Sínodo estaba fijado antes, pero en Roma el tiempo del que dispone el Santo Padre en relación con toda la Iglesia universal no hacía posible otros días.

En el camino del Sínodo, el de la transmisión de la fe, nos hemos sentido confirmados y robustecidos. El Santo Padre nos ha hablado de lo que supone el reto de una cultura laicista, para la educación de las jóvenes generaciones; nos ha hablado de los problemas base de la sociedad globalizada desde un punto de vista social, económico y cultural, donde la ausencia de Dios es muy notable..., y del ambiente donde se desarrolla la vida de nuestras jóvenes generaciones. Esto supuso una razón más honda para entender nosotros nuestra misión y la forma y modo de abordarla y de transmitir la fe a las nuevas generaciones.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO DE CONSTITUCIÓN DE LA ASAMBLEA SINODAL Y DE LA COMISIÓN CENTRAL DEL SÍNODO DIOCESANO

*Nos, Dr. D. ANTONIO MARIA, del título de S. Lorenzo in Damaso,
Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid*

En la pasada solemnidad de Santa María la Real de la Almudena, patrona de la Archidiócesis de Madrid, fue convocado el Tercer Sínodo Diocesano y aprobado el Reglamento del mismo así como la normativa para las elecciones de los miembros de la Asamblea Sinodal.

Habiéndose realizado ya las elecciones para la participación en el Sínodo según la normativa vigente, por el presente, a tenor de los arts. 3 y 5 del Reglamento del Sínodo,

CONSTITUIMOS LA ASAMBLEA SINODAL Y CONVOCAMOS A TODAS LAS SESIONES A SUS MIEMBROS

que ascienden a 626, de acuerdo con el elenco nominativo unido a este Decreto.

Al mismo tiempo, a tenor del art. 9 del Reglamento del Sínodo,

**CONSTITUIMOS LA COMISIÓN CENTRAL
DEL SÍNODO DIOCESANO**

con las funciones establecidas en el art. 9 de dicho Reglamento, quedando compuesta por los miembros que se establecen en documento adjunto.

Dado en Madrid, a veintidós de enero de dos mil cinco.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

MIEMBROS DE LA ASAMBLEA SINODAL

1) Obispos Auxiliares

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas
Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez
Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Eugenio Romero Pose

2) Vicario General, Vicarios Episcopales, Vicario Judicial

Ilmo. Sr. D. Joaquín	INIESTA CALVO-ZATARAIN
Ilmo. Sr. D. Antonio	ASTILLERO BASTANTE
Ilmo. Sr. D. Justo	BERMEJO DEL POZO
Ilmo. Sr. D. José María	BRAVO NAVALPOTRO
Ilmo. Sr. D. Javier	CUEVAS IBÁÑEZ
Ilmo. Sr. D. Juan José DEL	MORAL LECHUGA
Ilmo. Sr. D. Luis	DOMINGO GUTIÉRREZ
Ilmo. Sr. D. Gil	GONZÁLEZ HERNÁN
Ilmo. Sr. D. José Luis	HUÉSCAR CAÑIZAL
Ilmo. Sr. D. Tomás	JUÁREZ GARCÍA-GASCO
Ilmo. Sr. D. Adolfo	LAFUENTE GUANTES
Ilmo. Sr. D. Julio	LOZANO RODRÍGUEZ
Ilmo. Sr. D. Joaquín	MARTÍNABAD
Ilmo. Sr. D. Ángel	MATESANZ RODRIGO
Ilmo. Sr. D. Isidro	ARNÁIZ VÁZQUEZ

3) Canónigos de la Santa Iglesia Catedral

Alberto	ANDRÉS DOMÍNGUEZ
Félix	CASTEDO CABALLERO
Joaquín	CHALUD GÓMEZ-RAMOS
José Luis	GÜEMES UBIERNA
Celedonio	GUTIÉRREZ MAROTO
Pedro	HEREDIA LÓPEZ
José Luis	IRÍZAR ARTIACH
Secundino	JIMÉNEZ RODRIGO
Jesús	JUNQUERA PRATS
Andrés	PARDO RODRÍGUEZ
Ricardo	QUINTANA BESCOS
Roberto	SERRES LÓPEZ DE GUEREÑU

4) Rectores de los Seminarios Mayores

Andrés	GARCÍA DE LA CUERDA
Juan	FERNÁNDEZ RUIZ

5) Arciprestes

Justino	ACEBES CRIADO
Jaime	ACEÑA CUADRADO
Faustino	ALARCON HORTELANO
Antonio	ALCALDE FERNÁNDEZ
Pedro Juan	ALONSO MERINO
Pedro Santiago	ÁLVAREZ PORRAS
Antonio	ARROYO TORRES
Manuel Enrique	BARRIOS PRIETO
José	BOSOM ARIAS
José Luis	BRAVO SÁNCHEZ
Juan Jesús	CANDELA GARCÍA
Francisco Javier	CARBALLO FERNANDEZ
Eugenio	CARRASCO MEDINA
José	COBO CANO
Lucas	DE LAMA MARTIN
Enrique	DE LA FUENTE CHICHON

Juan	DELGADO ALVAREZ
Manuel	DÍAZ SOTO
Julio	DÍEZ ANDRES
Fernando	ESPIAGO PÉREZ
Eduardo	FUNCASTA TEIJEIRO
Ángel	GALLEGO PEDRAZUELA
Antonio	GARCÍA MORENO
Pablo	GARCÍA PÉREZ DEL RIO
Félix	GASCUEÑA OBISPO
Félix	GONZÁLEZ ALVAREZ
José	GONZÁLEZ CABALLERO
Julio	GONZÁLEZ DELGADO
Jorge	GONZÁLEZ GUADALIX
Felipe Asterio	GONZÁLEZ MUÑOZ
Cruz	GOÑI PATERNAIN
José Luis	GURPEGUI MUÑOZ
Luis	HEREDIA MARTÍNEZ
Lino	HERNANDO HERNANDO
Ildefonso	HERRANZ TERCERO
Jesús	HERRERO BORREGO
Eduardo	HERREROS DÍAZ
Miguel	JIMENO GÓMEZ
José Antonio	LERIN SALCEDA
Ángel	LÓPEZ BLANCO
José Fernando	LÓPEZ DE HARO
Pedro Luis	LÓPEZ GARCÍA
Alfonso	LOZANO LOZANO
José Luis	MARÍN PÉREZ
José Aurelio	MARTÍN JIMENEZ
Francisco	MARTÍN MURILLO
José María	MARTÍN SÁNCHEZ
Pedro	MARTÍNEZ CID
Manuel Francisco	MORA QUINTANA
Juan Antonio	NAVARRO SALVADOR
Miguel Ángel	NÚÑEZ IGLESIAS
José Manuel	PECO GARCÍA
Miguel Ángel	PÉREZ GUTIERREZ
Miguel	RIESCO CRESPO

Ignacio	RODRIGUEZ IZQUIERDO
Francisco	RODRIGUEZ PÉREZ
Tomás	RUBIO FERNANDEZ
Francisco	RUIZ REDONDO
José Luis	SAENZ-DÍEZ DE LA GANDARA
José Andrés	SILVA MARTIN
Ángel	SIMÓN MARTÍN
Samuel	URBINA RUIZ
José Luis	URRIZA GARCÍA
José María	TENA MONTERO
José	TRUJILLO GARCÍA
Pablo	VALDERICEDA DE LAS HERAS

6) Consejo Presbiteral

Evaristo	ALONSO CUENCA
Fausto	CALVO VICENTE
Julián	CARRÓN PÉREZ
Javier	CREMADES SANZ-PASTOR
Manuel	DEL CAMPO GUILARTE
Óscar	DEL OLMO ROLDÁN
Juan	FERNÁNDEZ DE LA CUEVA MARTÍNEZ-RAPOSO
Luis	FERNÁNDEZ PELÁEZ
Francisco	INÉS GONZÁLEZ
Agustín	MARTÍN FERNÁNDEZ
Agustín	RODRÍGUEZ TESO
Santos	URÍAS IBÁÑEZ
Mariano	VÉLEZ CABALLERO

7) Presbíteros elegidos

José	AGÜERO GARCÍA
Federico	ALMENARA RAMÍREZ
Luis	ALONSO GARCÍA
Eustaquio	ARAUZ HEREDIA
Lucas	BERROCAL DE LA CAL
Juan	BRIONES MARTÍNEZ
Víctor	CABEZAS YAÑEZ

José María	CALDERON CASTRO
Ángel	CAMINO LAMELAS
José Pedro	CARRERO MORENO
Enrique	CLIMENT CARRAU
Guillermo	CRUZ FERNÁNDEZ CASTAÑEDA
Eduardo	DE LA FUENTE SERRANO
Feliciano	DE LOS MOZOS CASTAÑO
Antonio	DE MIER VÉLEZ
Pedro	DEL SAZ CARRASCO
José	DÍAZ BARROSO
José Luis	DÍAZ LORENZO
Jaime	FERNÁNDEZ MERAYO
Pablo	FERNÁNDEZ SÁNCHEZ
Ángel	Fontcuberta Díaz
José María	GALAN GARCÍA
Óscar	GARCÍA AGUADO
Manuel	GARCÍA IRUELA
Jesús	GARCÍA JIMÉNEZ
Pedro	GIL GARBISU
Gabriel	GÓMEZ BERNABÉ
Ricardo	GÓMEZ DE ORTEGA FUENTE
José Luis	GÓMEZ MORALES
Eutimio	GONZÁLEZ ALVAREZ
Francisco	GONZÁLEZ LÓPEZ
Roberto	GUERRERO BOZA
José Luis	HUICILACAMBRA
Fernando	JADRAQUE
José Luis	LARRABE ORBEGOZO
Francisco	LEIVA HURTADO
Ángel	LEÓN LÓPEZ
Jesús	LOBO HERRERO
Antonino	LOZANO DE LA HOZ
Francisco Andrés	MARTÍNEZ DOMINGUEZ
José Luis	MARTÍNEZ MARTÍNEZ
José	MILLÁN CALVO
Manuel	MUÑOZ FERNANDEZ
Salvador	ORTEGA MIRANDA
Juan	ORTIZ PASCUAL

Carlos Alberto	PALACIOS SALINAS
Julio	PALOMAR HERNANDO
Juan Pablo	PARDIÑAS RIAÑO
Mauro	PÉREZ GARCÍA
Alejandro	PÉREZ LÓPEZ
Hipólito Andrés	PÉREZ MANSO
Eloy	PÉREZ SIMON
Laurentino	PINEDA HERNANDO
Tomás	PRIEGO MARTÍNEZ
Pedro	RAMOS HERNANDEZ
Jesús	REVUELTA TORRE
Valentín	RODIL GAVALA
Eubilio	RODRÍGUEZ AGUADO
Rafael	RUBIO LÓPEZ
José Andrés	SÁNCHEZ HERRÁN
Víctor	SANTOS VILLAGRÁ
Fernando	SIMÓN RUEDA
Tomás	TOBES AGRAZ
Adolfo	URBINA RIOJA
José	VARAS ARROYO
Juan Carlos	ZUGAZARTAZA GAMBOA

8) Laicos elegidos

Soha	ABBOUD HAGGAR
Isabel	AGÜERA FERNANDEZ
Elisa	AGUIRRE ALLENDE
Luisa	ALARCÓN CASTILLO
Alejandro	ALDANONDO ARNAU
Alejandro	ALMAZÁN PECES
Fernando	ÁLVAREZ GARCÍA
Aurora	ÁLVAREZ LÓPEZ
José María	ÁLVAREZ MOYA
Francisco	ÁLVAREZ RODRÍGUEZ
Julián	ALONSO GARCÍA
Mercedes	ALONSO GONZÁLEZ
Rosina	ALONSO OLEA
Esmeralda	ANTÓN MARTÍN

Francisco José	ANTOÑANZAS DE LEON
José	ARENCIBIA ROCHA
Ángel	ARÉVALO GONZALO
Carlos	ARMADA DE SARRÍA
M ^a Teresa	ARRANZ RAMOS
Francisco	ARRANZ SANZ
Rafaela	ARREBOLA RUIZ
María José	ARRÚE DE PABLO
Carmen	ARTALEJO JULVE
Fernando	ARTIÑANO RODRIGUEZ DE TORRES
María Luisa	AYMÁ TRAPERO
Irene	BALLESTA TORRECILLA
Ángel	BARAHONA PLAZA
Julio	BARRERA EGEA
Luis Carlos	BELLIDO DEL PINO
Carlos	BERMEJO DÍAZ
José Antonio	BIOSCA MARTIN
Carlos	BLANCO CEREZO
Eusebia	BLASCO CENTENO
Javier María	BOSQUE MARTÍNEZ
Francisco Manuel	BOTAS MARTÍN
Encarna	BRUN MARTÍN
Mila	CABALLERO CÓRDOBA
Alberto	CALVO MEIJIDE
Belén	CÁMARA TORRELLA
Faustina	CAMPOS ALONSO
José Antonio	CARMONA UTRERA
Julián	CARRERAS CUETO
Encarnación	CARRETERO GARCÍA
María Teresa	CARVAJAL JUÁREZ
Luis	CASADO PÉREZ
M ^a Paz	CASADO VICENTE
Vicente	CASAS FORNIER
Concepción	CASAS MARTÍNEZ-ALMEIDA
Juan José	CASCALES SERNA
Juan Carlos	CASTRESANA APARICIO
Jesús	CASTRO CORTES
María del Pilar	CELA DÍAZ

María Luisa	CISNEROS CUADROS
Elena	COELHO SARRO
M ^a Luisa	CORBACHO PANIAGUA
M ^a Soledad	COSMEN GARCÍA
Luis	CRESPÍ DE VALLDAURA
Ana María	CUARENTAL FUENTES
Paloma	DE ESPÍNOLA SALAZAR
Francisco Javier	DE FRUTOS VÍRSEDA
José Carlos	DE GREGORIO MERA
M ^a Ángeles	DE PEDRO PESQUERA
Miguel	DE RODRIGO BORES
Juan	DE LA VEGA FRESNO
Luis	DEL CAMPO PORRUA
M ^a Carmen	DEL CERRO LINARES
María José	DEL HOYO ESTEBAN
Eliseo	DÍAZ DEL RIO
Argimiro	DÍAZ GÓMEZ - SALAZAR
Antonio	DÍAZ JUÁREZ
Gumersindo	DÍAZ LARA
Claudio	DÍAZ SÁNCHEZ
Almudena	DÍEZ BARTOLOMÉ
Jesús	DILLANA BONIS
Ana Lourdes	DOMENECH REDONDO
Inmaculada	DOMINGO HERNANDO
Gerardo	DUEÑAS PÉREZ
M ^a Teresa	ECHEVERRIA GOROSTIDI
Pedro	EGEA MARTÍNEZ
Francisco Javier	ELVIRO PEÑA
Leopoldo	ESCUDERO REDONDO
Mercedes	ESCRIVÁ DE ROMANÍ
Ángeles	ESQUIVIAS BUSTAMANTE
Jesús	ESTEBAN BARRANCO
Luis	FARIÑA FILGUEIRA
Gabriel	FARIZA BALLESTEROS
Ángel	FERNÁNDEZ DE HEREDIA ADANES
Elisa	FERNÁNDEZ DE LA CRUZ
Miguel Ángel	FERNANDEZ GIL
Arturo	FERNÁNDEZ KOLL

Ángeles	FERNÁNDEZ POZA
María Isabel	FERNANDEZ VALLEJOS
Concepción	FERRANDO BORT
Laura	FERRERAS ROMÁN
Margarita	FRAGA IRIBARNE
Fernando	FRAILE VILORIA
Margarita	FREIGEDO TABARES
María del Carmen	FISAC RODRÍGUEZ
Pedro	GALAN VILLACAMPA
Gabriel	GALLEGO GUIJARRO
Luis	GARCÍA CHILLÓN
Mª Francisca	GARCÍA CINTO
Miguel	GARCÍA CORDERO
Mª Fe	GARCÍA CUENCA
Julián	GARCÍA FERNANDEZ
Antonio	GARCÍA GARCÍA
Alberto	GARCÍA HORSTMANN
Miguel	GARCÍA JIMÉNEZ
Mª Ángeles	GARCÍA MARÍN
Pedro	GARCÍA MENDOZA
Carmen	GARCÍA PAUL
Ángel	GARCÍA PORRAS
Antonio	GARCÍA SERRANO
Santiago	GARCÍA YUSTE
Enrique	GIL CASARES-SATRÚSTEGUI
Isabel	GIL-DELGADO ARMADA
Ana	GIMÉNEZ ANTÓN
Javier	GIMENEZ-CASSINA BASAGOITI
María del Pilar	GÓMEZ DÍAZ
Ángel Luis	GÓMEZ GARCÍA
Marta	GONZÁLEZ ALONSO
José Luis	GONZÁLEZ AULLON
Antonio	GONZÁLEZ CARBALLO
Joaquín	GONZÁLEZ DE CASTEJON
Fernando	GONZÁLEZ FERNANDEZ
Antonio	GONZÁLEZ GARZÓN
Alejandra	GONZÁLEZ JIMÉNEZ
Eduardo José	GONZÁLEZ JULIA

Anunciación	GONZÁLEZ RUANO
Encarnación	GONZÁLEZ ZAMORANO
Francisco	GONZÁLEZ-BARROS Y GONZÁLEZ
Matilde	GONZÁLEZ-NUEVO MARTÍNEZ
Gabino	GUEDÁN GALLAR
Antonio	GUERRERO MONGE
Juan José	GUERRERO RUIZ DE LA PARRA
Teresa	GUIJARRO GARCÍA
Luisa	GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ
Anselmo	GUTIÉRREZ HERNANDO
Sagrario	GUZMÁN SÁNCHEZ
María José	HERMOSO LERA
José	HERNÁNDEZ BENEDICTO
Ricardo	HERNÁNDEZ CUESTA
Francisco	HERNÁNDEZ JIMÉNEZ
Carlos	HERNANDEZ MORAN
Andrés	HERRANZ HERRANZ
Marcelino	HERVAS HERVAS
Dora	ISIDORO CARMONA
Mª Ángeles	ISIDRO GÓMEZ
María Pilar	IZQUIERDO DE FRUTOS
Mª Isabel	JIMÉNEZ ANDOSILLA
Roberto	JIMENEZ DE LA TORRE
Guillermo	JIMÉNEZ JUÁREZ
Juan Ignacio	LAMATA COTANDA
Manuel	LAMEIRO GIL
Manuel	PLEGUEZUELOS LÓPEZ
Mónica	LOBO LEYDER
Consuelo	LÓPEZ GARCÍA
Juan	LÓPEZ GÓMEZ
Francisco	LÓPEZ INSAUSTI
Mª Dolores	LÓPEZ JIMÉNEZ
Agustín	LÓPEZ MODROÑO
María Jesús	LÓPEZ MUÑOZ
Luis Guillermo	LOZANO TONKÍN
Jesús María	LUCIA SAINZ
Juan Ignacio	MANTEROLA PLANCHUELO
Javier	MAÑE VILA

Carmen	MARINAS COCERO
Fernando	MÁRQUEZ DE LA PLATA FERRER
Pilar	MARTÍN FERNÁNDEZ-GALLARDO
Jesús	MARTÍN HERREROS
Candelas	MARTÍN JIMÉNEZ
Luis Miguel	MARTÍN PONS
Ana María	MARTÍNEZ CATALÁN
Rodrigo	MARTÍNEZ COLAS
Alberto	MARTÍNEZ GARCÍA
David	MARTÍNEZ HERNÁNDEZ
Emilio	MARTÍNEZ JIMENEZ
M ^a Ester	MARTÍNEZ LÓPEZ
Juan Ignacio	MARTÍNEZ ORTEGA
Magdalena	MARTÍNEZ RODERO
Antonio	MARTÍNEZ RUIZ
José Antonio	MAYOL HURTADO
Raimundo	MAYORAL CAÑAVERAS
Tomás	MAZA RUIZ
Lorenzo	MELGAR GÓMEZ
María Patricia	MÉNDEZ DELGADO
Ascensión	MÉNDEZ DOMINGO
Germán	MENÉNDEZ FERNÁNDEZ
Elena	MIER SÁINZ
Mercedes	MIOÑO AZUELA
Caridad	MOLERO AGÜERO
Fernando	MOLINA TINAUT
M ^a José	MONFORT
Miguel Ángel	MONTERO MARTÍNEZ
Nemesio	MONTERO MONAGO
Francisco	MONTES LÓPEZ
Eusebio	MUÑOZ MORENO
Francisco José	MUÑOZ SÁNCHEZ
Sabino	MURILLO PÉREZ
Miguel Ángel	MURO JIMÉNEZ
José	NADELA PÉREZ
Pilar	NAVAS MARTÍN
María del Carmen	NICOLÁS VIÑA
Antonio	NIEVES GARCÍA

Juan José	NOGAL RUIZ
Ana	NUEVO CHIQUERO
Rodolfo	NUÑEZ DE LAS CUEVAS
José Manuel	OJEA RODRÍGUEZ
Santiago	OLIVARES DIEGO
José Francisco	OLIVARES SARABIA
Dionisio	OLLERO GRANADOS
Paulina	ORTIZ GALERA
José Luis	ORTS PALÉS
Fernando	PADÍN MÉNDEZ
Gregorio	PALACIO PÉREZ
Andrés	PALMEIRO DEL RÍO
Pedro	PALMERO ZORZO
José Luis	PARADA HERRERO
Juan	PARRAL PUERTA
Esperanza	PEINADO DÍAZ
Ignacio	PERALES DE MIGUEL
Diego	PEREA SERRANO
Belén	PÉREZ GARCÍA
Carmen	PÉREZ LÓPEZ
Santiago	PÉREZ MORENO
Enrique Ramón	PÉREZ QUINTELA
Luis	PÉREZ ROJO
Eduardo	PINEL MARTÍNEZ
José	PONCE LÓPEZ
Antonio	PORRO CARRASCO
Delfín	PRIETO
Ezequiel	PUIG - MAESTROAMADO GARCÍA DE LEANIZ
Antonio	PULGAR MARTÍN
M ^a Isabel	QUESADA CASTILLO
M ^a Florentina	RAMOS SANZ
Cristina	RENÚ SÁNCHEZ
Julio	REVILLA MARTÍN
Francisco Javier	RICO PALOMO
Luis	RIESGO MENGUEZ
Raquel	RIVERA SABATES
M ^a José	RIOJA SOBREVILLA
David	RODRÍGUEZ MARTÍN

Filo	RODRÍGUEZ MONTESINOS
Carlos Alcides	RODRÍGUEZ VARGAS
Eleuterio	ROMERO FONSECA
María Jesús	ROSADO SEGOVIA
Jesús	RUANO ISIESTO
Ángel	RUBIO AMO
José Ignacio	RUBIO AMO
María Teresa	RUBIO FERNÁNDEZ
María Aranzazu	RUIZ BEDOYA
José Antonio	RUIZ SERRANO
Miguel	SALAMANCA FERNANDEZ
Javier	SAN PEDRO SAENZ
César	SÁNCHEZ GARZÓN
Luis	SÁNCHEZ HONRADO
José Luis	SÁNCHEZ LÓPEZ
Elisa	SÁNCHEZ PÉREZ
Pilar	SÁNCHEZ - SARACHAGA
Mª Luisa	SANTO DOMINGO QUINTERO
Andrés	SANTOS PÉREZ
María Luisa	SANZ MUÑOZ
José Antonio	SASTRE YUSTE
César Oscar	SEOANEZ ERKELL
Ignacio	SEGOVIA JUÁREZ
Cristina	SERRANO ARGÜELLO
Roberto	SERRANO SÁNCHEZ
María Emilia	SUGRAÑES CAJA
Luis Fernando	TERESA HERNÁNDEZ
Antonio María	TEIJEIRO ÁLVAREZ
Ángela	TORNERO FERNÁNDEZ
Carlos	TRASCASA TRASCASA
Virginia	TRILLO VERGARA
Rosa	UGARTE DE OLAIZ
Aitor	URBINA GARCÍA DE VICUÑA
José Ignacio	VALENZUELA POBLACIONES
Pablo	VALER JIMENEZ
Milagros	VÁZQUEZ REINA
Carmela	VEGA CEPEDA
Gloria	VELASCO LAVIN

Rufina	VICTORIA DÍAZ-TENDERO
María Fátima	VIDAL FEITO
Esteban	VILLAREJO SALVADOR
Jesús R.	VILLEGAS MOLINA
Miguel	VILLORIA DE DIOS
María Elodia	VILLOSLADA FERNÁNDEZ
Emilio	ZAPATA GARCÍA
Mariano	ZUMEL

9) Miembros de Institutos de Vida Consagrada elegidos

Mª Rita	BLANCO DE INÉS
Carmen	ENCINAS SANSEGUNDO
Isabel	FUERTES FUERTES
Alberto	GONZÁLEZ MARTÍN
María	GONZÁLEZ MOLINA
Mª Cristina	HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
Rosaura	JUEZ GONZALO
María Antonia	LÓPEZ DE LETONA
María	LORENZO VILA
Mariana	MARTÍNEZ DURÁN
Teresa	PALLARÉS CARRETERO
Adoración	RODRÍGUEZ MARTÍN

10) Junta Directiva CONFER Diocesana

Jesús	ÁLVAREZ MAESTRO
Mª Pilar	ANDRÉS VELA
Mª Teresa	DE FRUTOS MACHO
Ángel	DE LA PARTE PARÍS
Eliseo	GARCÍA LESCÚN
Francisca	HERNÁNDEZ MARTÍN
Tomás	MARTÍN PÉREZ
Alejandro	MARTÍNEZ SIERRA

11) Junta Directiva de CEDIS Diocesana

Mercedes	SORIANO BERMEJO
----------	-----------------

12) Delegados Diocesanos

Manuel	BARCO ESTÉVEZ
Manuel M ^a	BRU ALONSO
Jesús	CONDE HERRANZ
José Miguel	GARCÍA PÉREZ
Pablo	GONZÁLEZ DÍAZ
Florencio	HERNANGIL BENITO
Ramón	LÓPEZ MERINO
Antonio	MARTÍNEZ RODRIGO
Gregorio	MARTÍNEZ SACRISTÁN
José	MEDINA PINTADO
Juan Carlos	MERINO CORRAL
José Luis	MONTES TOYOS
Mariano	PERRÓN BERNALDO DE QUIRÓS
Avelino	REVILLA CUÑADO
Gregorio	ROLDÁN COLLADO

13) Consejo Diocesano de Pastoral

Blanca	ACEITERO AMADOR
Susana	ARREGUI GARCÍA
Nicolás	ARROYO FERNÁNDEZ
M ^a Dolores	ASÍS GARROTE
Julio	BEAMONTE MAYAYO
Joaquín	CALVO GARCÍA
Luis	CRESPO SOTOS
Amparo	CUADRADO EBRERO
Francisco	DÍAZ GONZÁLEZ
Lourdes	FERNÁNDEZ DE BULNES
Manuel	FERNÁNDEZ GUERRERO
Juan	FERNÁNDEZ VAQUERO
Santiago	FUENTES MARTÍN
Elio Alonso	GALLEGO GARCÍA
José Antonio	GALVACHE CORCUERA
Jesús María	GARCÍA GONZÁLEZ
Concha	GARCÍA PROUS
Soledad	GUILLÉN ALONSO
María	HERNANDO AHEDO

M ^a Teresa	HORCAJO MARTÍN
M ^a del Socorro	HOYA MATEOS
Raúl	JURADO ESCOBAR
Miguel Ángel	LANZA MOLET
Emilio	LÓPEZ SALAS
José Manuel	LORENZO LIMA
Carmen	LUQUE REGUERA
Rafael	MAGALLÓN MARTÍNEZ
M ^a Teresa	MARTÍN GONZÁLEZ
Francisco Javier	MARTÍNEZ MOYA
Soledad	MELEGO MINGO
José Miguel	ORIOLO LÓPEZ MONTENEGRO
José Luis	PRIETO REVENGA
José T.	RAGA GIL
Antonio	REBOLLEDO SANZ
Luis	RIVAS CONDE
Macarena	RODRÍGUEZ MAS
José María	ROMÁN PORTAS
Juan Jesús	SALAS ARTACHO
M ^a del Pilar	SAINZ SEGURA
M ^a Luisa	SAN PEDRO ROTETA
Antonio	SANZ DELGADO
Rafael	SERRANO CASTRO
Íñigo	TOLEDO SASIAMBARRENA
Juan	VELARDE FUERTES
Abelardo	VELASCO DÍEZ
Eugenio	VILLASECA LAGUNA

14) Equipos de Ponencia de la fase preparatoria

Carlos	AGUILAR GRANDE
Carmen	ÁLVAREZ
Santiago	ARZUBIALDE
Antonio	BRAVO TISNER
María Jesús	CAMPO LÓPEZ DE LUZURIAGA
Alfonso	CARRASCO ROUCO
Juan Carlos	CARVAJAL BLANCO
Gerardo	DEL POZO ABEJÓN
M ^a Paz	DOMÍNGUEZ MONEO

Tíscar	ESPIGARES
Pilar	GARCÍA ESPINOSA
Antonio	GARCÍA RUBIO
Julio	GARCÍA VELASCO
Maribel	GUZMÁN
M ^a Consolación	ISART
Ignacio	JORDÁN DONLO
Javier	PRADES LÓPEZ
José	SERRANO VILLAMANTA
Eduardo	TORAÑO LÓPEZ
Juan Carlos	VERA GALLEGO

15) Seminaristas de los Seminarios Mayores

Juan José	ARBOLÍ TRÍAS
Gabriel	BENEDICTO CASANOVA
Jesús	FUSTER MONCHO
Pedro José	LAMATA MOLINA

16) Otros miembros designados por el Cardenal-Arzbispo

Alfredo	ABAD PÉREZ
Inés	ABRIL BENAVIDES
M ^a del Mar	ÁLVAREZ GARCÍA-VERONA
César	BADAJOS FERNÁNDEZ
Ángel	BERNA
Carlos	BUSTO CUERVAS-MONS
José Benito	CABANIÑA MAJIDE
Fernando	CANAL CANO
Cristina	CASTANEDO SOTELA
Ana María	CHÉLIZ DE LUCIO
M ^a Teresa	COMPTE
Javier	CONTRERAS BEORLEGUI
Begoña	CRESPO OLANDA
Paloma	DE FRUTOS CASTAÑEDA
María Rosa	DE LA CIERVA Y HOCES
Mercedes	DIOSDADO CRIADOR
Pablo	DOMINGUEZ PRIETO
Lourdes	ESCUDERO LEMUS

Rocío	FIGUEROA SOLER
M ^a del Mar	GARRIDO LLAMAS
M ^a Aránzazu	GARZÓN AZAÑÓN
Eva	GÓMEZ PINA
Débora	GONZÁLEZ DELGADO
José María	GONZÁLEZ PARDO
M ^a Dolores	GONZÁLEZ RAMOS
Concepción	GONZÁLEZ RODRÍGUEZ
Teófilo	GONZÁLEZ VILA
Inmaculada	GURUMETALLORENS
Fernando	JIMÉNEZ BARRIOCANAL
Cristina	JIMÉNEZ DOMÍNGUEZ
Lidia	JIMÉNEZ GONZÁLEZ
Marta	MARCISIOR TELLECHEA
Fausto	MARÍN SÁNCHEZ
Vicente	MARTÍN FERNÁNDEZ
Fernando	MARTÍN HERRÁEZ
José Antonio	MARTÍNEZ PUCHE
Sonsoles	MARTOS APARICIO
M ^a Ángeles	MOLINA
Javier	MUÑOZ MORALES
Eugenio	NASARRE GOICOECHEA
César	NOMBELA
Juan Pedro	ORTUÑO MORENTE
Paloma	PUELLES IZQUIERDO
José Luis	RESTÁN MARTÍNEZ
Ana Sarah	RIVERA MIERES
Carlos	ROBLES PIQUER
Ana Isabel	RODRÍGUEZ DE AGÜERO Y DELGADO
Juan José	RODRÍGUEZ PONCE
Juan Ignacio	RODRÍGUEZ TRILLO
Cristina	SAN MARTÍN ADÁN
José Francisco	SERRANO OCEJA
Alfonso	SIMÓN MUÑOZ
Enrique	SOMAVILLA RODRÍGUEZ
Rafael	TERMES
Julián	VARA BAYÓN

MIEMBROS DE LA COMISIÓN CENTRAL DEL SÍNODO DIOCESANO

1) Consejo de Presidencia

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas
Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez
Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Eugenio Romero Pose

2) Secretario General

D. Angel Matesanz Rodrigo

3) Adjunto a la Secretaría General

D. Roberto Serres López de Guereñu

4) Moderadores de las Asambleas Generales

D. Luis Domingo Gutiérrez
D. Gil González Hernán
D. José Luis Huescar Cañizal
D. Joaquín Martín Abad
D. Javier Cuevas Ibáñez

5) Relatores

D. Gerardo del Pozo Abejón
D. Javier M^a Prades López
D. Gregorio Martínez Sacristán
D. Alfonso Carrasco Rouco
D. Antonio Bravo Tisner

6) Otros miembros

D. Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
D. José María Bravo Navalpotro
D. Juan José del Moral Lechuga
D. Julio Lozano Rodríguez
D. Justo Bermejo del Pozo
D. Tomás Juárez García-Gasco
D. Antonio Astillero Bastante
D. Rafael Serrano Castro
D^a Lourdes Fernández Bulnes
Hna. María Rosa de la Cierva y Hoces
D. José Luis Restán
D. Teófilo González Vilas
D^a Margarita Fraga Iribarne

NOMBRAMIENTOS

CABILDO CATEDRAL:

Deán: Ilmo. Sr. D. Antonio Astillero Bastante (14-1-2005).

Administrador de la Iglesia Catedral: Ilmo. Sr. D. Alberto Andrés Domínguez (14-1-2005).

Perfecto de Liturgia: M. Iltre. Sr. D. Andrés Pardo Rodríguez (14-1-2005).

Perfecto de Música Sacra: M. Iltre. Sr. D. Félix Castedo Caballero (14-1-2005).

Encargado del Templo Catedral: M. Iltre. Sr. D. Jesús Junquera Prats (14-1-2005).

Prefecto Segundo de Liturgia: M. Iltre. Sr. D. Jesús Junquera Prats (14-1-2005).

Archivero: M. Iltre. Sr. D. Jesús Junquera Prats (14-1-2005).

Canónigos Ayudantes del Administrador: Ilmo. Sr. D. Isidro Arnáiz Vázquez y M. Iltre. Sr. D. Eduardo Herreros Díaz (14-1-2005).

VICARÍA JUDICIAL:

Juez Diocesano del Tribunal Eclesiástico Metropolitano: M. Iltre. Sr. D. Roberto Serres López de Guereñu (21-12-2004).

Juez Diocesano “ad casum”: D. Nicolás Álvarez de las Asturias Bohorques Heredia (11-1-2005).

PÁRROCO:

De Cervera de Buitrago, Robledillo de la Jara y Berzosa de Lozoya:
D. Constantino Gómez Merino,(19-1-2005).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL:

De San Jorge: D. Juan Pedro Carrera Zabaleta (7-1-2005).

VICARIOS PARROQUIALES:

De Ntra. Sra. del Buen Suceso: D. Iván Lipka (7-1-2005).

De Santas Perpetua y Felicidad: PP. Juan Cruz Vicario del Corral y Carlos Imas Imas, O.A.R. (19-1-2005).

De Santísimo Cristo de la Guía y San Juan de Sahagún: D. Antonio Fernández Carranza (19-1-2005).

De los Doce Apóstoles: D. Antonio Arrojo Abad, (19-1-2005).

ADSCRITOS:

A San Juan de Mirasierra: P. Miguel Vivancos Gómez, O.S.B. (7-1-2005).

A Asunción de Ntra. Sra. de Galapagar: D. Andrés Martínez Esteban (7-1-2005).

A Asunción de Ntra. Sra. de Pozuelo: D. Roberto Darío Vera, (7-1-2005).

A Santos Inocentes: D. Mario Ortega Moya, (7-1-2005).

De los Doce Apóstoles: D. Augusto Fernández Resa, (19-1-2005).

De Nuestra Señora de la Luz: D. Jesús Rafael Edú Eyama Achama (19-1-2005).

OTROS OFICIOS:

Consiliario Diocesano de Renovación Carismática: D. Alfonso Simón Muñoz (21-12-2004).

Capellán de las Hermanitas de los Pobres: D. Aurelio Fernández Fernández (21-12-2004).

Director de la Guardería Infantil de la Parroquia de Stmo. Cristo de la Guía y San Juan de Sahagún: D. Miguel María Ruiz de Zárate Aguilar (14-12-2004).

Capellán de la Comunidad de MM. Benedictinas del Monasterio de la Natividad: P. Miguel Ángel Arana Santesteban, O.A.R. (10-11-2004).

Asistente Eclesiástico de la Asociación pública de fieles “Comunidad Misión Juventud”: D. Graciano Martín García (27-12-2004).

Capellán de la Capellanía de Ucrucianos de Rito Bizantino: D. Iván Lipka (7-1-2005).

Rector de la Iglesia de San Antonio de los Alemanes y Capellán de la Hermandad del Refugio: D. Vicente Paez y Muñoz de Morales (7-1-2005).

Colaborador de Ntra. Sra. de la Estrella: D. Gustavo Adolfo Morales (7-1-2005).

DEFUNCIONES

- El día 21 de diciembre de 2004, D^a MARÍA BETSABE ZABALLOS, madre de María Teresa Rodríguez, secretaria de D. Ricardo Quintana.

- El día 26 de diciembre de 2004, D^a AQUILIA VÉLEZ DE COSSIO, a los 94 años de edad, madre de 9 hijos, dos de ellos sacerdotes, D. Ángel de Mier Vélez, párroco de Santa Matilde y R.P. Antonio de Mier Vélez, O.S.A., párroco de Ntra. Sra. del Carmen, de Los Negrales (Madrid).

- El día 1 de enero de 2005, el Rvdo. Sr. D. IGNACIO LEAL DUQUE, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en San Juan del Monte (Burgos), el 1-2-1925. Ordenado en Comillas, el 16-7-1950. Incardinado en Madrid, procedente de Osma-Soria, el 17-12-1971. Fue Ecónomo de San Hermenegildo (14-5-1971 a 22-1-2002). Viceconsiliario de A.C. General (1971). Profesor Adjunto de Religión del Instituto San Isidro (1-9-1971). Estaba jubilado.

- El día 7 de enero de 2005, el Rvdo. Sr. D. MANUEL HERNÁNDEZ-RICO MUÑOZ, sacerdote diocesano. Nació en Sevilla, el 5-2-1922 y fue ordeando en Melo (Uruguay), el 16-9-1960. Fue Ecónomo de Quijorna (22-1-68 a 15-7-1970), Coadjutor de Virgen de la Caridad del Cobre (15-7-1970 a 2-10-1973), Coadjutor de Ntra. Sra. de Madrid (2-10-1973 a 31-5-1992), Capellán 2º del Instituto de Oncología (3-6-1974), Auxiliar del Archivo Histórico de la Archidiócesis (14-4-1978).

- El día 17 de enero de 2005, a los 102 años de edad, D^a FELICIANA RODRÍGUEZ CORDERO, madre del sacerdote D. Antonio García Rodríguez, diocesano de Madrid.

- El día 24 de enero de 2005, el Rvdo. Sr. D. SATURNINO JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Montemayor del Río (Salamanca), el 24 de octubre de 1918. Ordenado en Salamanca, el 25 de octubre de 1942. Incardinado en Madrid, el 12 de febrero de 1977. Ha sido Vicario parroquial de la Parroquia de San Mateo, de Madrid, el 23 de marzo de 1971. Estaba jubilado.

- El día 26 de enero de 2005, D. LUIS ABEL ARBETETA LOSA, hermano de D. Ángel Arbeteta, sacerdote diocesano de Madrid.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL ENERO 2005

Día 1: Misa de Año Nuevo en la festividad de Santa María, Madre de Dios, en la Catedral.

Día 6: Misa en la Catedral, en la Solemnidad de la Epifanía.

Día 7: Consejo Episcopal.

Visita pastoral a la Vicaría III, en la parroquia de San Hermenegildo.

Día 8: Retiro con religiosas.

Día 9: Misa con las Religiosas Hijas del Sagrado Corazón, de Galapagar.

Del 10 al 14: Ejercicios Espirituales.

Día 15: Comité Ejecutivo de la CEE.

Bendición de los locales de la parroquia de Santa Beatriz.

Día 16: Clausura de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de San Pedro el Real, en la parroquia del Buen Consejo.

Día 18: Inauguración del curso sobre las Causas de los Santos, en la CEE.

Día 20: Reunión de arciprestes, en el Seminario.

Día 22: Jornada de Pastoral Obrera.

Inauguración del Sínodo diocesano.

Día 23: Misa con las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, en Aravaca.

Día 24-29: Visita 'Ad Limina' en Roma.

Día 30-31: Reunión de la Congregación para la Educación Católica, en Roma.

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

ACTO DE APERTURA DE LA VISITA PASTORAL AL ARCIPRESTAZGO DE ARGANDA

(Parroquia de San Juan Bautista, Arganda – 16 Enero 2005)

Lecturas: *Is* 49,3.5-6; *I Co* 1,1-3; *Jn* 1,29-34.

1. Estimados hermanos, hoy damos comienzo, con este solemne acto de Apertura, a la Visita pastoral al Arciprestazgo de Arganda. Quiero, con estas primeras palabras, daros no sólo una bienvenida, sino un abrazo paternal a todos, como obispo y pastor vuestro, puesto por Jesucristo.

El Domingo segundo del Tiempo ordinario, en el que nos encontramos litúrgicamente, nos ha ofrecido una reflexión a los cristianos, sobre lo que nos pide Dios a cada uno de nosotros. En síntesis, me gustaría esbozar dos puntos: uno, referido a la acción del cristiano hacia fuera, de cara a la sociedad, de cara al mundo en que vivimos; otro, de cara hacia dentro, mirando a la comunidad eclesial. Ambas dimensiones forman parte de la misma y única actitud, que el Señor nos pide a los cristianos; no existen dicotomías.

2. En las lecturas de hoy, el profeta Isaías ha presentado a Jesús como el Siervo de Yahvéh, el Siervo en quien Dios se complace (cf. *Is* 49,3). Esa misma frase la escuchamos el domingo pasado, en la voz que venía del cielo, cuando celebrábamos el Bautismo del Señor: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (*Mt* 3,17).

Por analogía, también nosotros somos los siervos del Señor. Naturalmente hay una diferencia y una distancia infinita entre el Siervo de Dios, Jesús Hijo de Dios, y nosotros, los pobres siervos, que ni siquiera cumplimos siempre lo que Él nos pide (cf. *Lc 17,10*). Jesús hizo siempre la voluntad del Padre, de una manera perfecta.

A nosotros el Señor también nos pide que hagamos su voluntad, como buenos y verdaderos siervos y que vivamos según esa voluntad: «Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (*Mt 12,50*).

3. Jesús vivió siempre pendiente de la voluntad de Dios-Padre, realizando lo que él deseaba. Así fue durante toda su vida, hasta la muerte en cruz: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad» (*Mt 26,42*). Pero ese Siervo, que cumple la voluntad del Padre, es Hijo de Dios. Mientras que nosotros, pobres siervos, hemos sido adoptados como hijos de Dios.

Hay una diferencia abismal entre ser siervo o esclavo -que no sabe las cosas del amo- y ser hijo -que pertenece a la familia y está al corriente de lo que ocurre en casa-. Nosotros hemos sido hechos hijos de Dios en el bautismo: eso nos compromete a una serie de actitudes, de gestos de amor, de comprensión, de perdón, de testimonio. Eso es lo que el Señor hoy está pidiendo a los cristianos, en este inicio del siglo veintiuno.

4. Respecto a nuestra acción hacia fuera, el Evangelio nos ha recordado la figura de Juan Bautista, quien anuncia la presencia de Jesucristo entre los hombres: «He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (*Jn 1,29*).

Nos encontramos en un momento histórico nada fácil, para vivir en cristiano; incluso nada fácil, para vivir como persona. Como diría santa Teresa: son “tiempos recios”, momentos difíciles, de muchos cambios, momentos de crisis. No hace falta que describa la realidad social, en que nos encontramos, porque todos sois bien conocedores de ella.

Decir hoy, como Juan Bautista: “Éste es el Cordero de Dios”, referido a Jesucristo, es dar testimonio de Él. Es necesario que proclamemos nuestra fe ante los hombres. El Señor nos pide a todos y cada uno de nosotros que seamos sus testigos.

5. Quisiera empezar esta Visita pastoral al Arciprestazgo de Arganda, remarcando la urgencia de ser testigos de Jesucristo, en esta sociedad en que vivimos. Ser testigos de Jesucristo no es solamente para unos cuantos cristianos, o para los más comprometidos en la parroquia, o para el sacerdote, o para el Obispo; es para todo cristiano, para todos y cada uno de nosotros. Todos estamos llamados a ser esos testigos. Es importante que caigamos en la cuenta de ello.

El Señor nos recuerda, en esta tarde, nuestro compromiso bautismal, nuestra tarea de pregonar y testimoniar la presencia de Cristo entre los hombres. Se nos anima a testificar a Cristo Jesús, vivo entre los hombres; ésa sería nuestra tarea hacia fuera.

La Visita pastoral pretende que profundicemos en nuestra tarea como cristianos en el mundo de hoy; pretende animaros a vivir con gozo y con alegría la fe, que profesamos; pretende propiciar un encuentro en el que nos animemos mutuamente en nuestra misión; pretende que nos ayudemos a formar auténticas comunidades cristianas, donde se viva de veras el ser hijo de Dios, el amor fraterno, y esperanza cristiana, tan falta hoy en nuestros días.

6. Hemos escuchado hoy un texto de la carta de San Ignacio de Antioquia a los *Efesios*, propuesta en la “Liturgia de las Horas”. Cuando San Ignacio escribe esta carta era un hombre ya muy anciano, mientras era conducido preso desde Antioquia, donde él era obispo, hasta Roma.

Hizo un viaje larguísimo y pesado, custodiado por un pelotón de soldados, a los que él llama fieras, porque lo trataban mal: cuanto más amable y generoso era con ellos y más se esforzaba por complacerles, tanto peor le trataban (cf. *Carta a los Romanos* 5,1).

Por donde pasaba en su viaje, solía escribir cartas a los cristianos del lugar. La carta que hemos escuchado está dirigida a los cristianos que vivían en Éfeso, a quienes recomienda vivir unidos a su obispo y obedecerle, aunque sea joven.

7. San Ignacio de Antioquia, obispo anciano y a punto de morir por Cristo en Roma, devorado por las fieras, dice que es ahora cuando empieza a ser discípulo de Cristo (cf. *Carta a los Efesios* 2,2). ¡Qué hermoso testimonio! Su deseo ha sido siempre vivir como discípulo de Cristo; por eso les habla como “condiscípulo de Jesucristo”, porque sólo Jesús es el único Maestro y

todos los demás somos discípulos suyos; todos seguimos al único Pastor y Maestro Jesucristo.

Quisiera tomar las palabras de este gran santo, obispo y mártir, y deciros lo mismo esta tarde: quiero hablaros como “condiscípulo de Cristo”, pues todos somos discípulos de Jesús, nuestro gran Maestro, nuestro gran y Buen Pastor. A Él es a quien debemos dar gloria, como dice San Ignacio, al inicio de su carta: “Que glorifiquéis de todas maneras a Jesucristo”.

Con vuestra forma de ser, con vuestra forma de pensar, con vuestro testimonio, con vuestra voz, con vuestras actitudes: ¡dad gloria a Jesucristo! San Ignacio se congratula con los cristianos de Éfeso, porque percibe que viven en armonía, como comunidad cristiana. Y les felicita por la unidad que hay entre ellos, su obispo y su presbiterio.

8. Junto a mí están esta tarde los sacerdotes del Arciprestazgo, formando un hermoso “coro”, con vestiduras blancas. Tal vez sea ésta la primera vez, que en este templo parroquial de san Juan Bautista, estén los sacerdotes del arciprestazgo de Arganda al completo. Posiblemente sea también la primera vez que los sacerdotes de este Arciprestazgo se hayan reunido en torno a su Obispo, acompañados por fieles de sus parroquias.

San Ignacio, usando la imagen del “coro” dice: “Procurad todos formar parte de este coro, de modo que, por vuestra unión y concordia en el amor, seáis como una melodía que se eleva a una sola voz por Jesucristo al Padre”. Nos invita también a ser como las cuerdas de una lira, afinadas y conjuntadas entre nosotros y con el obispo, para cantar armonizadamente un hermoso canto de alabanza a Dios. Las voces de los cristianos han de ser acordes; no puede haber disonancias ni voces “fuera de tono”. Es Cristo quien nos dirige a todos.

9. El acto litúrgico de esta tarde es una ofrenda y un canto armónico al Señor; es un canto de alabanza. Con nuestra presencia y con nuestra voz, al rezar los salmos, le estamos dedicando a Jesucristo un cántico nuevo; estamos dando gloria a Dios. Él quiere y espera de nosotros que haya auténtica comunión; que haya armonía; que haya concordia y paz; que todos, como hermanos, llevemos a cabo la misión que el Señor nos ha pedido.

A unos os pide que eduquéis a vuestros hijos y transforméis las estructuras de la sociedad, en los distintos campos: social, económico, político, familiar, edu-

cativo. A otros -a los sacerdotes y consagrados- les exige la tarea en sus propios campos y responsabilidades. Pero todos y cada uno debemos hacer lo que el Señor nos pide, para cantar con armonía y no desentonar.

Nadie debería hacer lo que le corresponde hacer a otro. A veces, en la Iglesia, hay fieles laicos que desean hacer lo que le toca hacer al sacerdote; o al revés, sacerdotes, que desean hacer lo que deben hacer los laicos. Cada uno debe realizar la misión que el Señor le ha confiado, para entonar bien y cantar armónicamente.

La Visita pastoral es un momento de gracia, para animar a las comunidades a que canten armónicamente. Ese es uno de los objetivos de la Visita. ¡Que cada cual responda ante el Señor de aquello que le ha encargado, y que nos ayudemos mutuamente a realizarlo!

10. Quisiera esta tarde agradeceros, en primer lugar, a todos vosotros, estimados laicos, vuestros compromisos de Iglesia, vuestras tareas en la diversidad de campos: catequético, litúrgico, de la evangelización, de la educación en la fe, de las necesidades materiales. El Señor os lo agradecerá con creces.

Pero hay que construir siempre, como San Pablo nos recuerda, sobre el fundamento de Cristo: «¡Mire cada cual cómo construye! Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo» (1 Co 3,10-11). No pongáis piedras, en la construcción, fuera de lugar; porque eso no edifica la casa ni la Iglesia; hay que ponerlas en su sitio.

11. A los sacerdotes quiero agradeceros vuestra tarea, vuestra dedicación a los fieles, vuestros esfuerzos y desvelos; y deseo pedirlos que sigáis empeñados en la misión que se os ha confiado. Agradezco también a los religiosos su presencia, sus trabajos y los frutos de su carisma en nuestra iglesia particular. ¡En nombre de Jesucristo, que nos ha convocado a todos, os exhorto a seguir trabajando por el Reino de los cielos!

Nuestro mundo necesita que sea anunciado el Reino de Dios. Hay muchos que rechazan aún a Jesucristo y hemos de ayudarles para que lleguen a conocerlo y aceptarlo.

12. A todos os pido que trabajemos de manera armónica, conjunta y fraterna. Todos necesitamos pedir perdón a Dios. Todos tenemos cosas que han de ser

perdonadas y todos tenemos cosas que perdonar a los demás. Nos pedimos perdón mutuamente porque, por fragilidad humana, y por el pecado original, no siempre hacemos las cosas bien. Nadie debe escandalizarse. El obispo también se equivoca y también peca; por eso necesita confesarse. El obispo acaba de hacer Ejercicios espirituales, porque necesita revisar su vida y reorientarla otra vez hacia Dios; como todos vosotros.

Vuelvo a decir, con San Ignacio de Antioquia: Somos todos condiscípulos del Maestro único, Jesucristo; y todos somos ovejas del Buen Pastor. El Señor me ha pedido que le represente como obispo vuestro; y le estoy muy agradecido, y más que agradecido, confundido y abrumado por tanto amor. A los sacerdotes les ha pedido que le representen ante vosotros en las celebraciones y que sean colaboradores del orden episcopal. Y a vosotros os pide que colaboréis como buenos cristianos.

13. Que esta Apertura de la Visita pastoral sea como un empuje, un darnos mutuamente ánimo unos a otros, un ayudarnos a ser más comprensivos unos con otros, pues todos lo necesitamos.

Paulatinamente ya me iré acercando a las distintas comunidades cristianas, para saludaros y conoceros de manera personal. Tendremos ocasión de vernos, de dialogar, de compartir, de conocer a todos los grupos parroquiales y de saludar a todas las personas. La Visita pastoral pretende que nos conozcamos mejor, que estudiemos la realidad eclesial y que respondamos, con mayor fidelidad, al Señor.

A veces se dice que el obispo “está en la luna” y que no se entera de nada; podréis comprobar que no es así. Deseo estar muy cercano a vosotros y conocer vuestros problemas. Deseo estar disponible para los sacerdotes y para todos vosotros. Aunque con cierto rubor, os manifiesto que vuestro obispo os quiere mucho; el obispo y los sacerdotes os queremos mucho a los fieles; sucede que no solemos tener ocasión de manifestarlo verbalmente, aunque sí con nuestra vida. ¡Que el Señor nos ayude a todos a sacar buen fruto de esta Visita pastoral! Amén.

CELEBRACIÓN ECUMÉNICA DE
“ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS”
(Catedral, 22 Enero 2005)

“Cristo, fundamento único de la Iglesia”

Lecturas: *Is* 44,1-8; *Ap* 4,1-11; *Mc* 9,32-35.

1. En este año, el lema del “Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos” es: “*Cristo, fundamento único de la Iglesia*”. Los textos que hemos escuchado de la palabra de Dios, y que han sido comentados anteriormente, nos proponen la reflexión sobre Cristo como fundamento único de la Iglesia y centro hacia el cual han de tender todas las miradas de los cristianos, para unificar esfuerzos a favor de la unidad.

Comentando el texto de *Isaías* (44,1-8), nuestro hermano Raúl, pastor de la Iglesia Evangélico-Bautista, nos ha dicho que el Espíritu del Señor es capaz de convertir una tierra árida y seca en una tierra llena de vida y fértil, con abundantes raudales de agua. Ese Espíritu es el Espíritu de Jesús, que Él nos envía y nos convoca para profesar la misma fe. Ese Espíritu es el que el Señor nos concedió, para que pudiéramos seguirle a Él y adorar a Dios Padre «en Espíritu y en Verdad» (*Jn* 4,23). Cristo es el único salvador de la humanidad y el fundamento único de nuestra fe.

2. Nuestro hermano Rogelio, de la Iglesia Ortodoxo-Griega, nos ha comentado el texto del Evangelio de *Marcos* (9,32-35), centrándose en el tema del

servicio. Jesús es fundamento, porque él comienza a servir y a darnos ejemplo. Él es quien nos une a todos con la entrega de su vida y con su sacrificio oblativo total en la cruz. Éste es el mayor servicio que hace a la humanidad. Por eso, nuestra fe se funda en la entrega de Jesucristo y en su Resurrección.

3. Cristo es el fundamento único de la Iglesia, porque la ha instituido. Él es la Cabeza de la Iglesia. Y no cabe otra Iglesia, que no esté fundada por Jesucristo. El texto del *Apocalipsis*, que hemos escuchado, propone a nuestra consideración la imagen del Ser viviente, el Cordero de Dios, que es capaz de abrir los siete sellos del gran Libro (cf. *Ap* 5,1-5); el Cordero de Dios, que es alabado por los veinticuatro ancianos (cf. *Ap* 4,10-11), en esa visión apocalíptica. El Cordero está al centro de esa alabanza cósmica: todo el mundo alaba al Cordero (cf. *Ap* 4,8-10); todo el mundo se postra ante Jesucristo glorificado. Por ello es Cristo el fundamento de nuestra fe, de nuestra vida y de la única Iglesia, que Él ha fundado.

4. Pedimos esta tarde a Dios la unidad entre los creyentes en su Hijo Jesucristo; pedimos la unidad entre los cristianos. El lema de este año “*Cristo, fundamento único de la Iglesia*” nos anima a construir nuestra vida, nuestra fe y nuestro testimonio en Jesucristo. La Comisión encargada de proponer el lema se basó en el texto de la primera carta de san Pablo a los Corintios (3,10-15). Es una imagen preciosa.

San Pablo, gran creyente y evangelizador, les dice a los cristianos de Corinto que deben construir sobre el fundamento, Jesús: «¡Mire cada cual cómo construye! Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo» (*1 Co* 3,10-11). También nos lo dice hoy a nosotros: a los cristianos de Alcalá, de Madrid, de España, de Europa, del mundo entero.

5. La obra de cada cual quedará al descubierto: «Si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada cual quedará al descubierto; la manifestará el Día, que ha de revelarse por el fuego. Y la calidad de la obra de cada cual, la probará el fuego» (*1 Co* 3,12-13). Al igual que en el libro de Isaías se nos ha hablado del agua como fuerza de Dios, el fuego es también una expresión de esa misma fuerza; es expresión del Espíritu Santo.

Cristo es el fundamento de la Iglesia, de nuestra fe, de nuestras vidas. Si lo que construimos sobre este fundamento es de calidad: oro, plata, piedras precio-

sas... quedará aquilatado y se mantendrá. El oro, al ser pasado por fuego, queda purificado y aquilatado. Es decir, si construimos obras buenas de amor a Dios y al prójimo, se mantendrán en el día del juicio.

6. Pero si construimos con materiales fungibles y perecederos (madera, heno o paja) el fuego los quemará y desaparecerán. No podemos, por tanto, construir fuera de Jesucristo. Las plantas -de las que nos hablaba antes el hermano Raúl- no pueden ponerse fuera del campo regado por el Espíritu: se mueren. El lema de este año nos invita a que construyamos la Iglesia sobre el fundamento de Jesucristo; a que recompongamos la unidad entre los cristianos.

Desde Jesucristo, piedra angular, mire cada cual cómo construye y qué pone en esa construcción. Al final de los tiempos, en el juicio final, el Señor nos pedirá cuentas de cómo hemos construido. Si lo hemos hecho sobre Jesucristo, para la unidad, o sobre otros falsos fundamentos: nuestro propio pensamiento, nuestros deseos, nuestras visiones, nuestras interpretaciones, nuestra forma de ver la Iglesia, pero no sobre Jesucristo.

7. Le pedimos al Señor, en esta celebración, que nos conceda la unidad de los cristianos; que construyamos todos sobre el único fundamento de Jesucristo; que nos acerquemos a Él, para estar más unidos entre nosotros. ¡Que Dios nos conceda este regalo, que todos deseamos, y que el Espíritu Santo venga en ayuda de nuestra debilidad! Amén.

BODAS DE ORO DE PROFESIÓN RELIGIOSA DE
R.M. ESPERANZA
Monasterio de Carmelitas Descalzas
de la Purísima Concepción

(Alcalá, 23 Enero 2005)

(Domingo III del Tiempo Ordinario)

Lecturas: *Is 8,23-9,3; I Co 1,10-13.17; Mt 4,12-23.*

1. El Reino de Dios anunciado a los pobres

1. Estimados hermanos, en este tercer domingo del Tiempo Ordinario comenzamos la lectura del Evangelio según san Mateo, que se prolongará a lo largo de todo este Año Litúrgico.

El evangelista nos presenta el inicio del ministerio mesiánico de Jesús en Galilea, cuyos moradores eran considerados por los judíos unos paganos, poco cumplidores de la ley, no muy respetuosos con las tradiciones farisaicas y relajados en su vida de fe. Eran incluso despreciados por su bajo nivel cultural y por su forma de hablar, un tanto torpe y ruda, conocida de todos. Los mismos doctores de la ley pensaban, como recoge san Juan en su Evangelio, que «de Galilea no salen profetas» (*Jn 7, 52*).

2. Sin embargo, estaba profetizado que, precisamente en Galilea, aparecería el Mesías. Allí comenzó Jesús su misión y rubricó su ministerio público con signos y milagros (cf. *Jn* 2,11), sobre todo entre los pobres y despreciados, entre aquellos que estaban considerados como impíos, habitantes de una tierra de la que nada bueno podía salir (cf. *Jn* 1,46), dando cumplimiento a las palabras del profeta Isaías: «País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte una luz les brilló» (*Mt* 4, 15-16). Jesús de Nazaret, el galileo, ungido con el Espíritu Santo y con poder, «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él» (*Hch* 10,38).

3. Desde el principio de su ministerio, Jesús deja claro que no viene a salvar sólo a unos pocos escogidos, sino que predica un Reino de Dios, en el que no cuenta la posición social y al que se entra por la puerta de la sencillez y la humildad. Un Reino que es para los “pobres”, entendiendo por “pobre” no el que carece de bienes materiales y riquezas de este mundo, sino el que lo espera todo de Dios. Jesús se refiere a una “pobreza de espíritu”, a una actitud de total abandono en Dios.

Los cristianos somos “pobres de espíritu”, que lo esperamos todo de Dios; vosotras, queridas monjas, habéis puesto toda vuestra vida en manos de Dios. Hoy, en el seno de esta comunidad religiosa de Madres Carmelitas del Monasterio de la Purísima Concepción, celebramos con alegría una señalada efeméride: las Bodas de oro de la profesión religiosa de la R.M. Esperanza, Priora de esta comunidad; es decir, cincuenta años vividos en actitud de “pobreza de espíritu”, porque se espera todo de las manos de Dios. ¡Demos gracias a Dios por su inmensa bondad y por el amor infinito que nos tiene!

2. La llamada a la conversión es llamada a la santidad

4. Al Reino de los cielos, que está abierto a todos, sólo se puede entrar por la puerta estrecha de la confianza absoluta en Dios. Los que ponen su confianza en los ídolos de este mundo (la riqueza, el poder, el placer, el orgullo) no podrán ingresar en él, si no se convierten radicalmente al Señor. En el evangelio de hoy se nos decía: «Desde entonces empezó Jesús a predicar diciendo: Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos» (*Mt* 4,17).

El Señor nos sigue llamando hoy a todos a esta conversión: a seguirle y servirle con total radicalidad; a dejar entrar a su Espíritu hasta lo más hondo de nuestra alma, para que nos purifique y transforme nuestro corazón de piedra en un corazón de carne (cf. *Ez* 11,19); a escuchar con docilidad su Palabra y a cumplir su santa voluntad.

5. Cuando Jesús predica el Reino y nos llama a la conversión, nos está invitando a todos a ser santos, que es la vocación radical de todo cristiano. El santo es el que, ayudado por la gracia divina, hace la voluntad de Dios; el que ha convertido -ha dirigido, ha vuelto- su corazón, su libertad, su entendimiento y su voluntad a “sólo Dios”. El santo es “pobre de espíritu” ante Dios, porque confía sólo en Él. El santo ha dirigido su corazón a Dios, despegándolo de las cosas que lo ataban.

Querida Madre Esperanza, vuestros cincuenta años de vida consagrada al Señor son para todos nosotros testimonio palpable de la llamada de Jesús a seguirle con radical entrega, poniendo a su disposición toda nuestra vida y orientando siempre nuestro corazón hacia Él. El Señor llamó en Galilea a sus discípulos (cf. *Mt* 4,18-22) y hoy nos llama a nosotros; a cada uno según la misión y el carisma propio: a los laicos para transformar el mundo según Dios (cf. *Lumen gentium*, 31); a los sacerdotes, para representar a Jesucristo; y a vosotras, queridas hermanas, para vivir la oblación total y que nos digáis a todos que “sólo Dios basta”; todo lo demás sobra. El Señor Jesús nos invita a convertirnos cada día; nos anima a dejar todo lo que nos aparta de Él y a poner nuestro corazón en sus manos.

6. Hoy, querida M. Esperanza, puedes traer a la memoria los primeros momentos y circunstancias en los que se forjó tu vocación monástica y agradecer la fidelidad y la misericordia de Dios, que tuvo a bien elegirte como su esposa. Todos nosotros nos unimos a esta acción de gracias. Hoy puedes volver a escuchar, de parte de Dios, la llamada que te dirigió aquél día en que pasó junto a ti, y fijando en ti sus ojos te amó y te eligió, como lo hizo con los primeros discípulos, en la orilla del lago de Galilea (cf. *Mt* 4,18). Hoy el Señor te invita a seguir siendo fiel a aquél amor primero; a renovarlo, a gozarte en él, a volver a ofrecérselo con ilusión. En una palabra, el Señor te invita a seguir aceptando su amor fiel, que siempre cumple sus promesas, y a corresponderle en amor y en fidelidad, por tu parte.

3. La vida y la vocación, don de Dios

7. Esto vale para todos nosotros, pues a todos nos ama el Señor con amor de predilección, y a todos nos pide también que vivamos santamente. Nos llama a convertirnos de corazón para poder seguirle con radicalidad evangélica y sin mirar atrás y sin contemplarnos tampoco a nosotros mismos.

La vida que gozamos es regalo de Dios; la vocación que recibimos es regalo de Dios; los éxitos en la vida espiritual son regalo de Dios; los pretendidos méritos, que creamos tener, son regalo de Dios. Ni siquiera hemos de quedar abrumados por el peso de nuestros propios pecados, porque Jesucristo ha redimido el pecado del mundo y nos ha ofrecido el perdón. Nuestros egoísmos y fracasos han sido limpiados con su sangre. Aunque tengamos caídas y debilidades, Él es siempre fiel y no nos abandona en el camino. Él sabe a quiénes ha elegido.

Santa Teresa de Jesús, repasando su vida, es consciente de la paciencia que el Señor ha tenido con ella, de sus debilidades, de sus distracciones, de sus distancias de amor al Señor, de sus arideces interiores; pero no por eso desfallece y deja de abandonarse en el Señor.

8. Dios es quien opera la salvación en nosotros y quien nos mantiene en nuestra vocación: la perseverancia en su seguimiento, sean los años que sean (cinco, diez o cincuenta), hasta el momento de la muerte, se debe a la gracia divina, no a nuestras propias fuerzas ni capacidades humanas.

Madre Esperanza, hoy te invita el Señor a que reconozcas, con alegría y humildad, su obra en ti. Su gracia ha triunfado en tu vida y la ha convertido en historia de salvación y de amor personal contigo. El Señor ha derramado su amor misericordioso sobre ti y sobre los miembros de tu comunidad, que comparten contigo la entrega diaria de su vida al Señor; también derrocha su amor sobre cuantos están encomendados a vuestras oraciones, desde el silencio oblativo y monástico, por la salvación de las almas.

4. Respuesta en fidelidad a la propia vocación y carisma

9. Con ocasión de esta celebración, hoy te invita el Señor, a ti Madre Esperanza, y a toda esta comunidad monástica, a permanecer fiel al carisma con que Dios os ha enriquecido y bendecido.

Os invita a responder al don de Dios, con fidelidad y con un verdadero deseo de alcanzar la santidad, sabiendo que Él es misericordioso con nosotros y viene en ayuda de nuestras flaquezas.

Con vuestra consagración encarnáis la vocación y la misión de la Iglesia: *“La vida consagrada -ha dicho el Papa- está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, ya que indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la aspiración de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo... es un don precioso y necesario también para el presente y el futuro del Pueblo de Dios, porque pertenece íntimamente a su vida, a su santidad y a su misión”* (Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 3).

Respecto a esta unión con Dios, me alegra ver que la cita de Santa Teresa, que Madre Esperanza ha puesto en el recordatorio de sus Cincuenta años de consagración, dice así: “Oh Señor mío y Misericordia mía y Bien mío! ¿Qué mayor bien quiero yo en esta vida que estar tan junto a Vos?

10. El carmelito es un jardín fortificado, que propicia la unión íntima con Dios: *“La clausura evoca aquella celda del corazón en la que cada uno está llamado a vivir la unión con el Señor. Acogida como don y elegida como libre respuesta de amor, la clausura es el lugar de la comunión espiritual con Dios y con los hermanos y hermanas”* (Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 59).

Deseo, queridas hijas, expresaros mi reconocimiento, a la vez que os aliento a seguir manteniéndoos fieles a la vida claustral, según vuestro propio carisma carmelitano. ¡Que el Señor os siga bendiciendo con gozosas vocaciones, atraídas por la radicalidad de una entrega sponsal a Dios, en la contemplación! En la fidelidad a la inspiración de los fundadores de la Orden Carmelita, descubriréis con alegría y viviréis con fervor los elementos esenciales de la vida consagrada.

5. Oración por la unidad de todos los cristianos

11. La Palabra de Dios, que hemos escuchado, nos permite hacer en esta Eucaristía una breve referencia al “Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos”, que la Iglesia universal celebra en esta semana.

San Pablo exhorta a los corintios a que abandonen toda división y se unan sólo en el nombre de Cristo: «Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os pongáis de acuerdo para que no haya divisiones entre vosotros, sino que conservéis la armonía en el pensar y en el sentir... Me refiero a eso que unos y otros andáis diciendo: ‘Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Pedro, yo de Cristo’. Pero, ¿es que está dividido Cristo?» (I Co 10, 13).

Es de todos conocida la dolorosa herida, que se mantiene abierta entre los creyentes en Cristo, divididos en diferentes confesiones y separadas de la Iglesia Católica. La búsqueda de la unidad es una tarea insoslayable, por parte de todos los cristianos, de una u otra confesión. Es Cristo mismo quien nos lo pide. ¡Convertíos!, hemos escuchado en el Evangelio. En la oración sacerdotal al Padre, Jesús oraba así: «Que todos sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21).

¡Elevemos, pues, hoy nuestra oración a Dios, en favor de la unidad de todos los cristianos! ¡Pidamos al Señor una conversión real y sincera de nuestros corazones, a la llamada de Cristo, para formar un solo Cuerpo, la Iglesia!

6. La Virgen María, modelo de consagración y seguimiento

12. El Cincuenta Aniversario de la profesión religiosa de la Madre Esperanza es motivo de felicitación y acción de gracias a Dios para toda esta comunidad monástica y para todos los que, de algún modo, participamos de los frutos de vuestra entregada al Señor.

¡Felicidades a todos! En especial, felicidades y enhorabuena a ti, Madre Esperanza, por obtener el regalo de Dios de poder disfrutar de las Bodas de oro de tu consagración fiel y amorosa al Señor. ¡Felicidades a toda la comunidad!

Pido a nuestra Madre, la Virgen María, que te siga ayudando y nos ayude a todos a seguir al Señor convirtiéndonos de corazón, consagrándonos a Él en santidad. María “*es ejemplo sublime de perfecta consagración, por su pertenencia plena y entrega total a Dios. Elegida por el Señor, que quiso realizar en ella el misterio de la Encarnación, recuerda a los consagrados la primacía de la iniciativa de Dios. Al mismo tiempo, habiendo dado su consentimiento a la Palabra divina, que se hizo carne en ella, María aparece*

*como modelo de acogida de la gracia por parte de la criatura humana” (Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 28).*

¡Que Ella nos enseñe a todos a amar fielmente al Señor, consagrándole toda nuestra vida, respondiendo con prontitud a su llamada y viviendo con gratitud su amor! Amén.

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día dieciocho de enero, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, de Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal, que fue presidida por el Sr. Obispo.

Se inició la Jornada con el rezo de la “Hora Tercia” en la Capilla. A continuación se pasó a tener una sesión de estudio, enmarcada dentro del programa de formación permanente para sacerdotes del presente curso sobre “Cuestiones de Teología Moral y Bioética”.

El profesor D. Nicolás Jouve de la Barreda, Catedrático de Genética del Departamento de Biología Celular y Genética de la Universidad de Alcalá de Henares, hizo una brillante exposición sobre “Los dogmas de la ciencia frente a la ética de la vida”, que posteriormente dio lugar a un enriquecedor diálogo con el profesor.

Concluyó la Jornada con una comida fraterna.

CELEBRACIÓN ECUMÉNICA DE “ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS”

El pasado 22 de Enero tuvo lugar en la Catedral un encuentro de oración entre cristianos de distintas confesiones.

Intervinieron en el acto el obispo de Alcalá, y representantes de la Iglesia Ortodoxa Griega, la Iglesia Evangélica Bautista y la Iglesia Evangélica Pentecostal Agua Viva. El acto se enmarcó dentro de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. El ambiente que allí se vivió fue realmente de oración y de búsqueda de la fraternidad.

La oración fue variada y participativa. El servicio de la música corrió a cargo de los jóvenes de las parroquias del Santo Ángel y de Santiago, de Alcalá de Henares, y de unos jóvenes irlandeses de la Iglesia Evangélica. Participaron en las lecturas, peticiones y presentación de símbolos, miembros de las distintas confesiones allí presentes. El acto comenzó con un canto y la monición de entrada. Después de las lecturas predicaron el pastor de la Iglesia Bautista que nos invitó a descubrir la acción del Espíritu Santo en nuestro mundo, el representante de la Iglesia ortodoxa griega que también hizo una interesante disertación y nuestro obispo que nos invitó a tener realmente a Jesucristo como único fundamento de nuestra vida y actuar desde ahí, intentando ser fieles sólo a este fundamento.

Después de la oración tuvimos otro momento de encuentro y diálogo en la sacristía de la catedral compartiendo un pequeño ágape preparado por un grupo de voluntarias.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS Y CESES

NOMBRAMIENTOS

- Sra. Dña. María del Carmen Muñoz Lozano, Miembro del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos (21/02/2005)
- Sra. Dña. Trinidad Romero Blanco, Miembro del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos (21/02/2005)

CESES

- Sr. D. Fernando Sancho Thomé, miembro del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos (12/1991 – 01/2005).

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO ÉNERO 2005

Día 2. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 3. Visita sacerdotes enfermos.

Día 4. Audiencias.

Día 5. Despacha asuntos de la Curia diocesana y visita las obras del nuevo templo (Parroquia de Santiago - Torrejón).

Días 6-7. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 8. Participa en la ordenación episcopal de Mons. Enrique Benavente, Obispo Auxiliar de Valencia.

Días 9-15. Participa en los Ejercicios Espirituales para Obispos (“Monte Alina”; Pozuelo de Alarcón-Madrid).

Día 16. Por la mañana, administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Pedro Apóstol (Catedral).

Por la tarde, preside el Acto de Apertura de la Visita pastoral al Arciprestazgo de Arganda (Parroquia de San Juan Bautista - Arganda).

Día 17. Reunión con el equipo de Economía.

Día 18. Jornada sacerdotal diocesana (Ekumene-Alcalá).

Día 19. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 20. Reunión del Consejo de Presbiterio.

Día 21. Audiencias.

Día 22. Preside la Celebración ecuménica de “Oración por la Unidad de los Cristianos” (Catedral).

Día 23. Celebra la eucaristía con motivo de las Bodas de Oro de profesión religiosa de M. Esperanza (Monasterio de Carmelitas Descalzas de la Purísima Concepción (Alcalá).

Día 24. Visita “Ad limina” (Roma). Por la mañana, concelebra en la eucaristía con el grupo de Obispos españoles (Gruta de la Basílica de San Pedro). Encuentro personal con el Papa Juan Pablo II, acompañado de los Vicarios episcopales. Encuentro del grupo de los Obispos españoles con el Papa. Reunión del grupo de Obispos con el Embajador español ante la Santa Sede.

Por la tarde, preside la eucaristía, con la participación de un grupo de peregrinos de la Diócesis de Alcalá (Basílica de Santa María la Mayor - Roma).

Día 25. Visita “Ad limina” (Roma). Por la mañana, visita, en grupo, el Consejo Pontificio para los Laicos (Palacio San Calixto - Roma).

Por la tarde, preside la eucaristía, con la participación de un grupo de peregrinos de la Diócesis de Alcalá (Basílica de San Juan de Letrán - Roma).

Día 26. Visita “Ad limina” (Roma). Preside la eucaristía, con la participación de un grupo de peregrinos de la Diócesis de Alcalá (Basílica de San Pedro - Vaticano). Visita, en grupo, la Congregación para los Obispos (Vaticano). Y asiste a la Audiencia general del Papa, con el grupo de peregrinos (Vaticano).

Día 27. Visita “Ad limina” (Roma). Por la mañana, visita, en grupo, la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (Pza. de España - Roma).

Por la tarde, concelebra en la eucaristía con el grupo de Obispos españoles (Basílica de San Pablo “Extra-muros”).

Día 28. Visita “Ad limina” (Roma). Por la mañana, visita, en grupo, la Congregación para la Educación Católica (Vaticano) y la Congregación para el Culto divino (Vaticano).

Por la tarde, visita, en grupo, la Congregación para la Familia (Palacio San Calixto - Roma).

Día 29. Visita “Ad limina” (Roma). Por la mañana, visita, en grupo, la Congregación para el Clero (Vaticano) y la Congregación para la Doctrina de la Fe (Vaticano).

A mediodía, concelebra en la eucaristía con motivo de la Fiesta del Beato Manuel Domingo y Sol (Colegio Español).

Día 30. Visita “Ad limina” (Roma). Asiste, con los Vicarios episcopales, al rezo del “Angelus” con el Papa (Plaza San Pedro).

Día 31. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIO PARROQUIAL

Miguel González González de la Parroquia Nuestra Señora de Zarzaquemada, en Leganés, el 19 de enero de 2005.

DEFUNCIONES

- D. LUIS BLANCO CERREZO, sacerdote diocesano, falleció en Alcorcón, el 9 de enero de 2005, a los 74 años de edad. Nació en Valdaracete (Madrid) el 19-08-1930. Ordenado sacerdote en Madrid el 04-06-1955. Ecónomo en Ribatejada (Madrid) desde el 01-07-1955 hasta el 21-06-1957. Párroco en Ribatejada del 21-06-1957 hasta el 25-06-1960. Vicario parroquial en San Miguel Arcángel (Madrid) del 25-05-1960 hasta el 01-05-1965. Vicario parroquial en San Félix (Madrid) del 31-05-1965 hasta el 01-01-1971. Arcipreste de Villaverde. Secretario de la Vicaría VII (Madrid) del 21-11-1966 hasta el 01-01-1971. Párroco de San Saturnino, en Alcorcón, (Madrid) del 01-01-1971 hasta el 01-09-2002. Arcipreste de Alcorcón y Miembro del Consejo Presbiteral del 19-10-93 hasta el 04-10-1996. Arcipreste de Alcorcón y Miembro del Consejo Presbiteral del 04-10-1996 hasta el 19-03-2001. Arcipreste de Alcorcón y Miembro del Consejo Presbiteral del 19-03-2001 hasta el 22-04-2002. Miembro del Colegio de Consultores de la Diócesis de Getafe hasta el 26-05-2003

- D. ENRIQUE LÁZARO GONZÁLEZ, falleció en Madrid, a los 87 años, el día 10 de enero de 2005. Era padre del sacerdote Enrique Lázaro Muñoz, Párroco de Santa María Soledad Torres Acosta, en Villanueva de la Cañada.

- D. FÉLIX APARICIO MIGUEL, falleció en Parla, a los 80 años, el 21 de enero de 2005. Era padre del sacerdote, Jesús Aparicio Gómez, Vicario parroquial de Nuestra Señora de la Salud, en Leganés.

- D. FAUSTINO DOMÍNGUEZ GALÁN, falleció en Madrid a los 80 años, el 24 de enero de 2005, era hermano del Vicario General de la Diócesis, D. Antonio Domínguez Galán.

- D. RAMÓN RODRIGO LUJÁN, falleció en Tomelloso, a los 88 años, el 28 de enero de 2005. Era padre del sacerdote D. Santiago Rodrigo Ruiz, Párroco de San Cristóbal, en Torrejón de la Calzada.

Que así como han compartido ya la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, compartan también con Él, la gloria de su Resurrección.



DISCURSO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II
AL PRIMER GRUPO DE OBISPOS DE LA CEE
EN LA VISITA “AD LIMINA APOSTOLARUM”

Queridos hermanos en el Episcopado:

1. Con gusto os recibo, Pastores de la Iglesia de Dios que peregrina en España, integrantes del primer grupo que viene a Roma para realizar la visita *Ad limina* y fortalecer los vínculos estrechísimos que os unen con esta Sede Apostólica.

Saludo con afecto al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, con sus tres Obispos auxiliares; al Arzobispo de Toledo y Primado de España, con sus dos Obispos auxiliares; al Arzobispo Castrense y a los Arzobispos de Burgos, Valladolid, Zaragoza, Mérida-Badajoz y a los Obispos sufragáneos de estas sedes metropolitanas y de la de Pamplona, a cuyo Arzobispo deseo una pronta recuperación. A través vuestro mi saludo quiere llegar con afecto y estima a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de vuestras Iglesias particulares.

Agradezco cordialmente las amables palabras que me ha dirigido, en nombre de todos, el Señor Cardenal Antonio María Rouco Varela, presentándome las inquietudes y esperanzas de vuestra acción pastoral, en la que con fortaleza ejercéis el ministerio guiando al Pueblo de Dios por el camino de la salvación y

proclamando con vigor los principios de la fe católica para una mayor formación de los fieles.

2. España es un país de profunda raigambre cristiana. La fe en Cristo y la pertenencia a la Iglesia han acompañado la vida de los españoles en su historia y han inspirado sus actuaciones a lo largo de los siglos. La Iglesia en vuestra Nación tiene una gloriosa trayectoria de generosidad y sacrificio, de fuerte espiritualidad y altruismo y ha ofrecido a la Iglesia universal numerosos hijos e hijas que han sobresalido a menudo por la práctica de las virtudes en grado heroico o por su testimonio martirial. Yo mismo he tenido el gozo de canonizar o beatificar a numerosos hijos e hijas de España.

En mi Carta apostólica *Tertio millennio adveniente* propuse el estudio, actualización y presentación a los fieles del «patrimonio de santidad» (n. 37), seguro de que en esta hora histórica será una preciosa y valiosa ayuda para los pastores y fieles como punto de referencia en su vida cristiana, tanto más cuanto que muchos de los retos y problemas aún presentes en vuestra Nación ya existieron en otros momentos, siendo los santos quienes dieron brillante respuesta con su amor a Dios y al prójimo. Las vivas raíces cristianas de España, como puse de relieve mi última Visita pastoral en mayo de 2003, no pueden arrancarse, sino que han de seguir nutriendo el crecimiento armónico de la sociedad.

3. Vuestras relaciones quinquenales evidencian la preocupación por la vitalidad de la Iglesia y los retos y dificultades a afrontar. En los últimos años, en Aragón, Asturias, Castilla-La Mancha, Castilla-León, Madrid, Navarra y el País Vasco, regiones donde ejercéis la caridad pastoral guiando al Pueblo de Dios, han cambiado muchas cosas en el ámbito social, económico y también religioso, dando paso a veces la indiferencia religiosa y a un cierto relativismo moral, que influyen en la práctica cristiana y que afecta consiguientemente a las estructuras sociales mismas.

Algunas zonas viven en la abundancia mientras otras tienen graves carencias. En ocasiones, lo que fueron fuentes de riqueza en tiempos anteriores -por ejemplo, la producción minera y siderúrgica, la construcción naval, diversas empresas- sufren un cierto declive ante el cual hace falta mantener la esperanza. En algunas partes se vive la confrontación social por un recurso natural: el agua; siendo ésta un bien común no se puede despilfarrar ni olvidar el deber solidario de compartir su uso. Las riquezas no pueden ser monopolio de quienes disponen de ellas, ni la

desesperación o la aversión pueden justificar ciertas acciones incontroladas de quienes carecen de las mismas.

4. En el ámbito social se va difundiendo también una mentalidad inspirada en el laicismo, ideología que lleva gradualmente, de forma más o menos consciente, a la restricción de la libertad religiosa hasta promover un desprecio o ignorancia de lo religioso, relegando la fe a la esfera de lo privado y oponiéndose a su expresión pública. Esto no forma parte de la tradición española más noble, pues la impronta que la fe católica ha dejado en la vida y la cultura de los españoles es muy profunda para que se ceda a la tentación de silenciarla. Un recto concepto de libertad religiosa no es compatible con esa ideología, que a veces se presenta como la única voz de la racionalidad. No se puede cercenar la libertad religiosa sin privar al hombre de algo fundamental.

En el contexto social actual están creciendo las nuevas generaciones de españoles, influenciadas por el indiferentismo religioso, la ignorancia de la tradición cristiana con su rico patrimonio espiritual, y expuestas a la tentación de un permisivismo moral. La juventud tiene derecho, desde el inicio de su proceso formativo, a ser educada en la fe. La educación integral de los más jóvenes no puede prescindir de la enseñanza religiosa también en la escuela, cuando lo pidan los padres, con una valoración académica acorde con su importancia. Los poderes públicos, por su parte, tienen el deber de garantizar este derecho de los padres y asegurar las condiciones reales de su efectivo ejercicio, como está recogido en los Acuerdos Parciales entre España y la Santa Sede de 1979, actualmente en vigor.

5. Por lo que se refiere a la situación religiosa, en vuestros informes se refleja una seria preocupación por la vitalidad de la Iglesia en España, a la vez que se ponen de relieve varios retos y dificultades. Atentos a los problemas y expectativas de los fieles ante esta nueva situación, vosotros, como Pastores, os sentís interpelados a permanecer unidos para hacer más palpable la presencia del Señor entre los hombres a través de iniciativas pastorales más apropiadas a las nuevas realidades.

Para ello es primordial conservar y acrecentar el don de la unidad que Jesús pidió para sus discípulos al Padre (cf. *Jn* 17,11). En vuestra propia diócesis, estáis llamados a vivir y dar testimonio de la unidad querida por Cristo para su Iglesia. Por otra parte, la diversidad de pueblos, con sus culturas y tradiciones, lejos de amenazar esta unidad, ha de enriquecerla desde su fe común. Y vosotros, en cuanto suce-

sores de los Apóstoles, tenéis que esforzaros en «conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (*Ef* 4,3). Por eso os quiero recordar que «en la transición histórica que estamos viviendo debemos cumplir una misión comprometida: hacer de la Iglesia el lugar donde se viva y la escuela donde se enseñe el misterio del amor divino. ¿Cómo será posible esto sin redescubrir una auténtica espiritualidad de comunión?» (*Mensaje a un grupo de Obispos*, 14.II.2001, n.3), válida para todas las personas y en todos los momentos.

6. Los Sacramentos son necesarios para el crecimiento de la vida cristiana. Por eso los pastores han de celebrarlos con dignidad y decoro. Especial importancia se ha de dar a la Eucaristía, «Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad» (San Agustín, *In Johannis Evangelium*, 26,13). Su participación, como recuerdan los Santos Padres, nos hace «concorpóreos y consanguíneos con Cristo» (San Cirilo de Alejandría, *Catechesis mistagógicas*, IV,3), e impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad.

A este respecto, con ocasión de la clausura del Año Jacobeo, he invitado a los fieles españoles a buscar en el Santísimo Sacramento la fuerza para vencer los obstáculos y afrontar las dificultades del momento presente. Al mismo tiempo, apoyados por sus Obispos, se sentirán vigorizados en la propia fe para dar un testimonio público y creíble al defender «el respeto efectivo a la vida, en todas sus etapas, la educación religiosa de los hijos, la protección del matrimonio y de la familia, la defensa del nombre de Dios y del valor humano y social de la religión cristiana» (*Carta al Arzobispo de Santiago de Compostela*, 8.XII.2004). Se debe incrementar, pues, una acción pastoral que promueva una participación más asidua de los fieles en la Eucaristía dominical, la cual ha de ser vivida no sólo como un precepto sino más bien como una exigencia inscrita profundamente en la vida de cada cristiano.

7. En las relaciones quinquenales habéis puesto de manifiesto vuestra solicitud por los sacerdotes y seminaristas. Los sacerdotes están en la primera línea de la evangelización y soportan «el peso del día y el calor» (*Mt* 20,12). Ellos necesitan de manera especial vuestro cuidado y cercanía pastoral, pues son vuestros «hijos» (*LG* 28), «amigos» (*ChD* 16) y «hermanos» (*PO* 7).

La relación con los sacerdotes no ha de ser solamente de tipo institucional y administrativo, sino que, animada ante todo por la caridad (cf. *IPe* 4,8), ha de

revelar la paternidad episcopal que será modelo de aquella que después los presbíteros han de tener con los fieles que tienen confiados. De un modo especial, esa paternidad se debe manifestar en la situación actual con los sacerdotes enfermos, con los de edad avanzada, y también con los que están al frente de mayores responsabilidades pastorales.

Los sacerdotes, por su parte, deben recordar que, antes de nada, son hombres de Dios y, por eso, no puede descuidar su vida espiritual y su formación permanente. Toda su labor ministerial «*debe comenzar efectivamente con la oración*» (San Alberto Magno, *Comentario de la teología mística*, 15). Entre las múltiples actividades que llenan la jornada de cada sacerdote, la primacía corresponde a la celebración de la Eucaristía, que lo conforma al Sumo y Eterno Sacerdote. En la presencia de Dios encuentra la fuerza para vivir las exigencias del ministerio y la docilidad para cumplir la voluntad de Quien lo llamó y consagró, enviándolo para encomendarle una misión particular y necesaria. También la celebración devota de la Liturgia de las Horas, la oración personal, la meditación asidua de la Palabra de Dios, la devoción a la Madre del Señor y de la Iglesia y la veneración de los Santos, son instrumentos preciosos de los que no se puede prescindir para afirmar el esplendor de la propia identidad y asegurar el fructuoso ejercicio del ministerio sacerdotal.

8. Una esperanza viva es el incremento de las vocaciones sacerdotales que se da en algunas partes. Es verdad que la situación social y religiosa no favorece la escucha de la llamada del Señor a seguirle en la vida sacerdotal o consagrada. Por eso es importante orar sin cesar al Dueño de la mies (cf. *Mt 9,38*) para que siga bendiciendo a España con numerosas y santas vocaciones. Para ello se debe fomentar una pastoral específica vocacional, amplia y capilar, que mueva a los responsables de la juventud a ser mediadores audaces de la llamada del Señor. No hay que tener miedo a proponerla a los jóvenes y después acompañarlos asiduamente, a nivel humano y espiritual, para que vayan discerniendo su opción vocacional.

9. Los fieles católicos, a los cuales les incumbe buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según la voluntad divina, están llamados a ser testigos valientes de su fe en los diferentes ámbitos de la vida pública. Su participación en la vida eclesial es fundamental y, en ocasiones, sin su colaboración vuestro apostolado de pastores no llegaría a «*todos los hombres de todos los tiempos y lugares*» (*LG*, 33).

Los jóvenes, futuro de la Iglesia y de la sociedad, han de ser objeto especial de vuestros desvelos pastorales. En este sentido, no deben escatimarse los esfuerzos necesarios, aunque a veces no den fruto inmediato. A este respecto, ¿cómo no recordar la impresionante y conmovedora vigilia que presidí con cientos de miles de jóvenes en Cuatro Vientos, recordándoles que se puede ser moderno y cristiano? Ahora muchos se preparan para ir a Colonia y participar en la Jornada Mundial de la Juventud. Decidles que el Papa les espera allí, bajo el lema «Hemos venido a adorarle» (*Mt 2,2*) para, junto con coetáneos de otros países, descubrir en Cristo el rostro de Dios y de la Iglesia como «la casa y la escuela de la comunión» y amor (*Novo millennio ineunte*, 43).

10. Queridos Hermanos: habéis tomado la iniciativa de dedicar un año especial a la Inmaculada, Patrona de España, en conmemoración del 150º aniversario de la proclamación de este dogma mariano. Se trata de una invitación al pueblo fiel a renovar su consagración personal y comunitaria a nuestra Madre y a secundar mi invitación a toda la Iglesia a ponerse «sobre todo a la escucha de María Santísima, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como misterio de luz» (*Ecclesia de Eucharistia*, 62).

La evangelización y la práctica de la fe en tierras españolas han ido siempre unidas a un particular amor a la Virgen María. Así lo ponen de manifiesto los numerosos templos, santuarios y monumentos que se elevan por doquier en vuestra tierra; las cofradías, hermandades, gremios y claustros universitarios, que porfiaban en la defensa de sus privilegios, así como las prácticas de piedad y fiestas populares en honor de la Madre de Dios, que han sido también fuente de inspiración de tantos artistas, célebres pintores y renombrados escultores.

España es tierra de María. A Ella encomiendo vuestras intenciones pastorales. Bajo su maternal protección pongo a todos los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los seminaristas, los niños, jóvenes y ancianos, las familias, los enfermos y necesitados. Llevadles a todos el saludo y el cariño del Papa, acompañado de la Bendición Apostólica.

MENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II CON MOTIVO DE LA CUARESMA 2005

9 de febrero de 2005,
Miércoles de Ceniza

¡Queridos Hermanos y Hermanas!

1. Cada año, la Cuaresma nos propone un tiempo propicio para intensificar la oración y la penitencia y para abrir el corazón a la acogida dócil de la voluntad divina. Ella nos invita a recorrer un itinerario espiritual que nos prepara a revivir el gran misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, ante todo mediante la escucha asidua de la Palabra de Dios y la práctica más intensa de la mortificación, gracias a la cual podemos ayudar con mayor generosidad al prójimo necesitado.

Es mi deseo proponer este año a vuestra atención, amados Hermanos y Hermanas, un tema de gran actualidad, ilustrado apropiadamente por estos versículos del libro del Deuteronomio: “*En Él está tu vida, así como la prolongación de tus días*” (Dt 30,20). Son palabras que Moisés dirige al pueblo invitándolo a estrechar la alianza con el Señor en el país de Moab, “*Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia, amando al Señor tu Dios, escuchando su voz, viviendo unido a Él*” (Dt 30, 19-20). La fidelidad a esta alianza divina, constituye para Israel una garantía de futuro, “*mientras habites en la tierra que el Señor juró dar a tus padres Abrahán, Isaac y Jacob*” (Dt 30,20). Llegar a la edad

madura es, en la visual bíblica, signo de la bendición y de la benevolencia del Altísimo. La longevidad se presenta de este modo, como un especial don divino.

Desearía que durante la Cuaresma pudiéramos reflexionar sobre este tema. Ello nos ayudará a alcanzar una mayor comprensión de la función que las personas ancianas están llamadas a ejercer en la sociedad y en la Iglesia, y, de este modo, disponer también nuestro espíritu a la afectuosa acogida que a éstos se debe. En la sociedad moderna, gracias a la contribución de la ciencia y de la medicina, estamos asistiendo a una prolongación de la vida humana y a un consiguiente incremento del número de las personas ancianas. Todo ello solicita una atención más específica al mundo de la llamada “tercera edad”, con el fin de ayudar a estas personas a vivir sus grandes potencialidades con mayor plenitud, poniéndolas al servicio de toda la comunidad. El cuidado de las personas ancianas, sobre todo cuando atraviesan momentos difíciles, debe estar en el centro de interés de todos los fieles, especialmente de las comunidades eclesiales de las sociedades occidentales, donde dicha realidad se encuentra presente en modo particular.

2. La vida del hombre es un don precioso que hay que amar y defender en cada fase. El mandamiento “No matarás”, exige siempre el respeto y la promoción de la vida, desde su principio hasta su ocaso natural. Es un mandamiento que no pierde su vigencia ante la presencia de las enfermedades, y cuando el debilitamiento de las fuerzas reduce la autonomía del ser humano. Si el envejecimiento, con sus inevitables condicionamientos, es acogido serenamente a la luz de la fe, puede convertirse en una ocasión maravillosa para comprender y vivir el misterio de la Cruz, que da un sentido completo a la existencia humana.

Es en esta perspectiva que el anciano necesita ser comprendido y ayudado. Deseo expresar mi estima a cuantos trabajan con denuedo por afrontar estas exigencias y os exhorto a todos, amadísimos hermanos y hermanas, a aprovechar esta Cuaresma para ofrecer también vuestra generosa contribución personal. Vuestra ayuda permitirá a muchos ancianos que no se sientan un peso para la comunidad o, incluso, para sus propias familias, y evitará que vivan en una situación de soledad, que los expone fácilmente a la tentación de encerrarse en sí mismos y al desánimo.

Hay que hacer crecer en la opinión pública la conciencia de que los ancianos constituyen, en todo caso, un gran valor que debe ser debidamente apreciado y acogido. Deben ser incrementadas, por tanto, las ayudas económicas y las iniciativas legislativas que eviten su exclusión de la vida social. Es justo señalar que, en las

últimas décadas, la sociedad está prestando mayor atención a sus exigencias, y que la medicina ha desarrollado terapias paliativas que, con una visión integral del ser humano, resultan particularmente beneficiosas para los enfermos.

3. El mayor tiempo a disposición en esta fase de la existencia, brinda a las personas ancianas la oportunidad de afrontar interrogantes existenciales, que quizás habían sido descuidados anteriormente por la prioridad que se otorgaba a cuestiones consideradas más apremiantes. La conciencia de la cercanía de la meta final, induce al anciano a concentrarse en lo esencial, en aquello que el paso de los años no destruye.

Es precisamente por esta condición, que el anciano puede desarrollar una gran función en la sociedad. Si es cierto que el hombre vive de la herencia de quien le ha precedido, y su futuro depende de manera determinante de cómo le han sido transmitidos los valores de la cultura del pueblo al que pertenece, la sabiduría y la experiencia de los ancianos pueden iluminar el camino del hombre en la vía del progreso hacia una forma de civilización cada vez más plena.

¡Qué importante es descubrir este recíproco enriquecimiento entre las distintas generaciones! La Cuaresma, con su fuerte llamada a la conversión y a la solidaridad, nos ayuda este año a reflexionar sobre estos importantes temas que atañen a todos. ¿Qué sucedería si el Pueblo de Dios cediera a una cierta mentalidad actual que considera casi inútiles a estos hermanos nuestros, cuando merman sus capacidades por los achaques de la edad o de la enfermedad? ¿Qué diferentes serán nuestras comunidades si, a partir de la familia, trataremos de mantenernos siempre con actitud abierta y acogedora hacia ellos!

4. Queridos Hermanos y Hermanas, durante la Cuaresma, ayudados por la Palabra de Dios, meditemos cuán importante es que cada comunidad acompañe con comprensión y con cariño a aquellos hermanos y hermanas que envejecen. Además, todos debemos acostumbrarnos a pensar con confianza en el misterio de la muerte, para que el encuentro definitivo con Dios acontezca en un clima de paz interior, en la certeza que nos acogerá Aquel “*que me ha tejido en el vientre de mi madre*” (Sal 139,13b), y nos ha creado “*a su imagen y semejanza*” (Gn 1, 26).

María, nuestra guía en el itinerario cuaresmal, conduzca a todos los creyentes, especialmente a las personas ancianas, a un conocimiento cada vez más profundo de Cristo muerto y resucitado, razón última de nuestra existencia. Ella, la fiel

sierva de su divino Hijo, junto a Santa Ana y a San Joaquín, intercedan por cada uno de nosotros “ahora y en la hora de nuestra muerte.”

Con afecto os imparto mi Bendición.

Vaticano, 8 de septiembre de 2004
IOANNES PAULUS PP II

MENSAJE PARA LA CELEBRACIÓN DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

“No te dejes vencer por el mal antes bien,
vence al mal con el bien”

1 de enero de 2005

1. Al comienzo del nuevo año, dirijo una vez más la palabra a los responsables de las Naciones y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, sabedores de lo necesario que es construir la paz en el mundo. He elegido como tema para la Jornada Mundial de la Paz 2005 la exhortación de san Pablo en la Carta a los Romanos: “*No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien*” (12,21). No se supera el mal con el mal. En efecto, quien obra así, *en vez de vencer al mal, se deja vencer por el mal*.

La perspectiva indicada por el gran Apóstol subraya una verdad de fondo: la paz es el resultado de una larga y dura batalla, que se gana cuando el bien derrota al mal. Ante el dramático panorama de los violentos enfrentamientos fratricidas que se dan en varias partes del mundo, ante los sufrimientos indecibles e injusticias que producen, la única opción realmente constructiva *es detestar el mal con horror y adherirse al bien* (cf. *Rm 12,9*), como sugiere también san Pablo.

La paz es un bien que se promueve con el bien: es un bien para las personas, las familias, las Naciones de la tierra y para toda la humanidad; pero es un

bien que se ha de custodiar y fomentar mediante iniciativas y obras buenas. Se comprende así la gran verdad de otra máxima de Pablo: “ *Sin devolver a nadie mal por mal* ” (Rm 12,17). El único modo para salir del círculo vicioso del mal por el mal es seguir la exhortación del Apóstol: “ *No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien* ” (Rm 12,21).

El mal, el bien y el amor

2. La humanidad ha tenido desde sus orígenes la trágica experiencia del mal y ha tratado de descubrir sus raíces y explicar sus causas. El mal no es una fuerza anónima que actúa en el mundo por mecanismos deterministas e impersonales. El mal pasa por la libertad humana. Precisamente esta facultad, que distingue al hombre de los otros seres vivientes de la tierra, está siempre en el centro del drama del mal y lo acompaña. *El mal tiene siempre un rostro y un nombre*: el rostro y el nombre de los hombres y mujeres que libremente lo eligen. La Sagrada Escritura enseña que en los comienzos de la historia, Adán y Eva se rebelaron contra Dios y Caín mató a su hermano Abel (cf. Gn 3-4). Fueron las primeras decisiones equivocadas, a las que siguieron otras innumerables a lo largo de los siglos. Cada una de ellas conlleva una *connotación moral esencial*, que implica responsabilidades concretas para el sujeto que las toma e incide en las relaciones fundamentales de la persona con Dios, con los demás y con la creación.

Al buscar los aspectos más profundos, se descubre que *el mal, en definitiva, es un trágico huir de las exigencias del amor*.¹ El bien moral, por el contrario, nace del amor, se manifiesta como amor y se orienta al amor. Esto es muy claro para el cristiano, consciente de que la participación en el único Cuerpo místico de Cristo instaaura una relación particular no sólo con el Señor, sino también con los hermanos. La lógica del amor cristiano, que en el Evangelio es como el corazón palpitante del bien moral, llevado a sus últimas consecuencias, llega hasta el amor por los enemigos: “ *Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber* ” (Rm 12,20).

La “gramática” de la ley moral universal

3. Al contemplar la situación actual del mundo no se puede ignorar la impresionante proliferación de *múltiples manifestaciones sociales y políticas del mal*:

¹ San Agustín afirma a este respecto: “Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial” (*De Civitate Dei*, XIV, 28).

desde el desorden social a la anarquía y a la guerra, desde la injusticia a la violencia y a la supresión del otro. Para orientar el propio camino frente a la opuesta atracción del bien y del mal, la familia humana necesita urgentemente tener en cuenta el *patrimonio común de valores morales* recibidos como don de Dios. Por eso, a cuantos están decididos a vencer al mal con el bien san Pablo los invita a *fomentar actitudes nobles y desinteresadas de generosidad y de paz* (cf. *Rm* 12,17-21).

Hace ya diez años, hablando a la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre la tarea común al servicio de la paz, hice referencia a la “*gramática*” de la *ley moral universal*,² recordada por la Iglesia en sus numerosos pronunciamientos sobre esta materia. Dicha ley une a los hombres entre sí inspirando valores y principios comunes, si bien en la diversidad de culturas, y es inmutable: “subsiste bajo el flujo de las ideas y costumbres y sostiene su progreso [...]. Incluso cuando se llega a renegar de sus principios, no se la puede destruir ni arrancar del corazón del hombre. Resurge siempre en la vida de individuos y sociedades”.³

4. Esta común *gramática de la ley moral* exige un compromiso constante y responsable para que se respete y promueva la vida de las personas y los pueblos. A su luz no se puede dejar de reprobador con vigor los males de carácter social y político que afligen al mundo, sobre todo los provocados por los *brotos de violencia*. En este contexto, ¿cómo no pensar en el querido *Continente africano* donde persisten conflictos que han provocado y siguen provocando millones de víctimas? ¿Cómo no recordar la peligrosa *situación de Palestina*, la tierra de Jesús, donde no se consigue asegurar, en la verdad y en la justicia, las vías de la mutua comprensión, truncadas a causa de un conflicto alimentado cada día de manera preocupante por atentados y venganzas? Y, ¿qué decir del trágico fenómeno de la *violencia terrorista* que parece conducir al mundo entero hacia un futuro de miedo y angustia? En fin, ¿cómo no constatar con amargura que el *drama iraquí* se extiende por desgracia a situaciones de incertidumbre e inseguridad para todos?

Para conseguir el bien de la paz es preciso afirmar con lúcida convicción que la violencia es un mal inaceptable y que nunca soluciona los problemas. “La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la

²Cf. *Discurso para el 50º aniversario de fundación de la ONU* (5 octubre 1995), 3: Insegnamenti, XVIII, 2 (1995), 732.

³*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1958.

vida, la libertad del ser humano”.⁴ Por tanto, es indispensable promover una *gran obra educativa de las conciencias*, que forme a todos en el bien, especialmente a las nuevas generaciones, abriéndoles al horizonte del *humanismo integral y solidario* que la Iglesia indica y desea. Sobre esta base es posible dar vida a un orden social, económico y político que tenga en cuenta la dignidad, la libertad y los derechos fundamentales de cada persona.

El bien de la paz y el bien común

5. Para promover la paz, venciendo al mal con el bien, hay que tener muy en cuenta *el bien común*⁵ y sus consecuencias sociales y políticas. En efecto, cuando se promueve el bien común en todas sus dimensiones, se promueve la paz. ¿Acaso puede realizarse plenamente la persona prescindiendo de su naturaleza social, es decir, de su ser “con” y “para” los otros? El bien común le concierne muy directamente. Concierne a todas las formas en que se realiza su carácter social: la familia, los grupos, las asociaciones, las ciudades, las regiones, los Estados, las comunidades de pueblos y de Naciones. De alguna manera, *todos están implicados en el trabajo por el bien común*, en la búsqueda constante del bien ajeno como si fuera el propio. Dicha responsabilidad compete particularmente a la autoridad política, a cada una en su nivel, porque está llamada a crear el conjunto de condiciones sociales que consientan y favorezcan en los hombres y mujeres el desarrollo integral de sus personas.⁶

El bien común exige, por tanto, respeto y promoción de la persona y de sus derechos fundamentales, así como el respeto y promoción de los derechos de las Naciones en una perspectiva universal. Como dice el Concilio Vaticano II: “De la interdependencia cada vez más estrecha y extendida paulatinamente a todo el mundo se sigue que el bien común [...] se hace hoy cada vez más universal y por ello implica derechos y deberes que se refieren a todo el género humano. Por lo tanto, todo grupo debe tener en cuenta las necesidades y aspiraciones legítimas de los demás grupos; más aún, debe tener en cuenta el bien común de toda la familia humana”.⁷ El bien de la humanidad entera, incluso el de las futuras generaciones, exige una verdadera cooperación internacional, con las aportaciones de cada Nación.⁸

⁴ *Homilía en Drogheda*, Irlanda (29 septiembre 1979), 9: AAS 71 (1979), 1081.

⁵ Según una vasta acepción, por *bien común* se entiende “el conjunto de aquellas condiciones de vida social que permiten a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección”: Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes*, 26.

⁶ Cf. Juan XXIII, Enc. *Mater et magistra*: AAS 53 (1961), 417.

⁷ Cons. past. *Gaudium et spes*, 26.

⁸ Cf. Juan XXIII, Enc. *Mater et magistra*: AAS 53 (1961), 421.

Sin embargo, las concepciones claramente restrictivas de la realidad humana transforman el bien común en un simple *bienestar socioeconómico*, carente de toda referencia trascendente y vacío de su más profunda razón de ser. El *bien común*, en cambio, tiene también una *dimensión trascendente*, porque Dios es el fin último de sus criaturas.⁹ Además, los cristianos saben que Jesús ha iluminado plenamente la realización del verdadero bien común de la humanidad. Ésta camina hacia Cristo y en Él culmina la historia: gracias a Él, a través de Él y por Él, toda realidad humana puede llegar a su perfeccionamiento pleno en Dios.

El bien de la paz y el uso de los bienes de la tierra

6. Dado que el bien de la paz está unido estrechamente al desarrollo de todos los pueblos, es indispensable tener en cuenta las *implicaciones éticas del uso de los bienes de la tierra*. El Concilio Vaticano II ha recordado que “Dios ha destinado la tierra y todo cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la guía de la justicia y el acompañamiento de la caridad”.¹⁰

La pertenencia a la familia humana otorga a cada persona una especie de *ciudadanía mundial*, haciéndola titular de derechos y deberes, dado que los hombres están unidos por un *origen y supremo destino comunes*. Basta que un niño sea concebido para que sea titular de derechos, merezca atención y cuidados, y que alguien deba proveer a ello. La condena del racismo, la tutela de las minorías, la asistencia a los prófugos y refugiados, la movilización de la solidaridad internacional para todos los necesitados, no son sino aplicaciones coherentes del principio de la ciudadanía mundial.

7. El bien de la paz se ha de considerar hoy en estrecha relación con los *nuevos bienes* provenientes del conocimiento científico y del progreso tecnológico. También éstos, aplicando el principio del destino universal de los bienes de la tierra, deben ser *puestos al servicio de las necesidades primarias del hombre*. Con iniciativas apropiadas de ámbito internacional se puede realizar el principio del destino universal de los bienes, asegurando a todos —individuos y Naciones— las condiciones básicas para participar en el desarrollo. Esto es posible si se prescinde de las barreras y los monopolios que dejan al margen a tantos pueblos.¹¹

⁹ Cf. Enc. *Centesimus annus*, 41: AAS 83 (1991), 844.

¹⁰ Cons. past. *Gaudium et spes*, 69.

¹¹ Cf. Enc. *Centesimus annus*, 35: AAS 80 (1988), 837.

Además, se garantizará mejor el bien de la paz si la comunidad internacional se hace cargo, con mayor sentido de responsabilidad, de los comúnmente llamados *bienes públicos*. Se trata de aquellos bienes de los que todos los ciudadanos gozan automáticamente, aun sin haber hecho una opción precisa por ellos. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el ámbito nacional, con bienes como el sistema judicial, la defensa y la red de carreteras o ferrocarriles. En el mundo de hoy, tan afectado por el fenómeno de la globalización, son cada vez más numerosos los bienes públicos que tienen un carácter global y, consecuentemente, aumentan también de día en día los *intereses comunes*. Baste pensar en la lucha contra la pobreza, la búsqueda de la paz y la seguridad, la preocupación por los cambios climáticos, el control de la difusión de las enfermedades. La comunidad internacional tiene que responder a estos intereses con un red cada vez más amplia de acuerdos jurídicos que *reglamenten el uso de los bienes públicos*, inspirándose en los principios universales de la equidad y la solidaridad.

8. El principio del destino universal de los bienes permite, además, afrontar adecuadamente *el desafío de la pobreza*, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones de miseria en que viven aún más de mil millones de seres humanos. La comunidad internacional se ha puesto como objetivo prioritario, al principio del nuevo milenio, reducir a la mitad el número de dichas personas antes de terminar el año 2015. La Iglesia apoya y anima este compromiso e invita a los creyentes en Cristo a manifestar, de modo concreto y en todos los ámbitos, un amor preferencial por los pobres.¹²

El drama de la pobreza está en estrecha conexión con el problema de la *deuda externa de los Países pobres*. A pesar de los logros significativos conseguidos hasta ahora, la cuestión no ha encontrado todavía una solución adecuada. Han pasado quince años desde que llamé la atención de la opinión pública sobre el hecho de que la deuda externa de los Países pobres está “conectada con un gran número de otros temas, como el de las inversiones en el extranjero, el trabajo equitativo de las principales instituciones internacionales, el precio de las materias primas, etc.”.¹³ Las recientes medidas para reducir las deudas, que han tenido más en cuenta las exigencias de los pobres, han mejorado sin duda la calidad del *crecimiento económico*. No obstante, por una serie de factores, dicho crecimiento resulta todavía insuficiente cuantitativamente, especialmente para

¹² Cf. Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 42: AAS 80 (1988), 572.

¹³ *Discurso a los participantes en la Semana de Estudios organizada por la Pontificia Academia de las Ciencias* (27 octubre 1989), 6: *Insegnamenti* XII/2 (1989), 1050.

alcanzar los objetivos propuestos al inicio del milenio. Los Países pobres se encuentran aún en un círculo vicioso: las rentas bajas y el crecimiento lento limitan el ahorro y, a su vez, las reducidas inversiones y el uso ineficaz del ahorro no favorecen el crecimiento.

9. Como afirmó el Papa Pablo VI, y como yo mismo he recordado, el único remedio verdaderamente eficaz para permitir a los Estados afrontar la dramática cuestión de la pobreza es dotarles de los recursos necesarios mediante *financiaci-ones externas* —públicas y privadas—, otorgadas en condiciones accesibles, en el marco de las relaciones comerciales internacionales, reguladas de manera equitativa.¹⁴ Es, pues, necesaria una *movilización moral y económica*, que respete los acuerdos tomados en favor de los Países pobres, por un lado, y por otro dispuesta también a revisar dichos acuerdos cuando la experiencia demuestre que son demasiado gravosos para ciertos países. En esta perspectiva, es deseable y necesario dar un nuevo impulso a la *ayuda pública para el desarrollo* y, no obstante las dificultades que puedan presentarse, estudiar las propuestas de nuevas formas de financiación para el desarrollo.¹⁵ Algunos gobiernos están considerando atentamente medidas esperanzadoras en este sentido, iniciativas significativas que se han de llevar adelante de modo multilateral y respetando el *principio de subsidiaridad*. Es necesario también controlar que la gestión de los recursos económicos destinados al desarrollo de los Países pobres siga criterios escrupulosos de buena administración, tanto por parte de los donantes como de los destinatarios. La Iglesia alienta estos esfuerzos y ofrece su contribución. Baste citar, por ejemplo, la valiosa aportación que dan las numerosas agencias católicas de ayuda y de desarrollo.

10. Al finalizar el Gran Jubileo del año 2000, en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he señalado la urgencia de una nueva *imaginación de la caridad*¹⁶ para difundir en el mundo el Evangelio de la esperanza. Eso se hace evidente sobre todo cuando se abordan los *muchos y delicados problemas que obstaculizan el desarrollo del Continente africano*: piénsese en los numerosos conflictos armados, en las enfermedades pandémicas, más peligrosas aún por las condiciones de miseria, en la inestabilidad política unida a una difusa inseguridad social. Son

¹⁴ Cf. Pablo VI, Enc. *Populorum progressio*, 56-61: AAS 59 (1967), 285- 287; Juan Pablo II, Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 33-34: AAS 80 (1988) 557-560.

¹⁵ Cf. *Mensaje al Presidente del Consejo Pontificio "Justicia y Paz"*: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (16 julio 2004), p. 3.

¹⁶ Cf. n. 50: AAS 93 (2001), 303.

realidades dramáticas que reclaman *un camino radicalmente nuevo para África*: es necesario dar vida a *nuevas formas de solidaridad, bilaterales y multilaterales*, con un mayor compromiso por parte de todos y tomando plena conciencia de que el bien de los pueblos africanos representa una condición indispensable para lograr el bien común universal.

Es de desear que los pueblos africanos asuman como protagonistas su propia suerte y el propio desarrollo cultural, civil, social y económico. Que África deje de ser sólo objeto de asistencia, para ser sujeto responsable de un modo de compartir real y productivo. Para alcanzar tales objetivos es necesaria una nueva cultura política, especialmente en el ámbito de la cooperación internacional. Quisiera recordar una vez más que el incumplimiento de las reiteradas promesas relativas a la *ayuda pública para el desarrollo* y la cuestión abierta aún de la pesada carga de la deuda internacional de los Países africanos y la carencia de una consideración especial con ellos en las relaciones comerciales internacionales, son graves obstáculos para la paz,

y por tanto deben ser afrontados y superados con urgencia. Para lograr la paz en el mundo es determinante y decisivo, hoy más que nunca, tomar conciencia de la interdependencia entre Países ricos y pobres, por lo que “el desarrollo o se convierte en un hecho común a todas las partes del mundo, o sufre un proceso de retroceso aún en las zonas marcadas por un constante progreso”.¹⁷

Universalidad del mal y esperanza cristiana

11. Ante tantos dramas como afligen al mundo, los cristianos confiesan con humilde confianza que sólo Dios da al hombre y a los pueblos la posibilidad de superar el mal para alcanzar el bien. Con su muerte y resurrección, Cristo nos ha redimido y rescatado pagando “un precio muy alto” (cf. *1 Co* 6,20; 7,23), obteniendo la salvación para todos. Por tanto, con su ayuda *todos pueden vencer al mal con el bien*.

Con la certeza de que el mal no prevalecerá, el cristiano *cultiva una esperanza indómita* que lo ayuda a promover la justicia y la paz. A pesar de los pecados personales y sociales que condicionan la actuación humana, la esperanza da siempre nuevo impulso al compromiso por la justicia y la paz, junto con una firme confianza en la posibilidad de *construir un mundo mejor*.

¹⁷Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 17: AAS 80 (1988), 532.

Si es cierto que existe y actúa en el mundo el “misterio de la impiedad” (2 Ts 2,7), no se debe olvidar que el hombre redimido tiene energías suficientes para afrontarlo. Creado a imagen de Dios y redimido por Cristo que “se ha unido, en cierto modo, con todo hombre”,¹⁸ éste puede cooperar activamente a que triunfe el bien. La acción del “espíritu del Señor llena la tierra” (Sb 1,7). Los cristianos, especialmente los fieles laicos, “no pueden esconder esta esperanza simplemente dentro de sí. Tienen que manifestarla incluso en las estructuras del mundo por medio de la conversión continua y de la lucha “contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal” (Ef 6,12)”.¹⁹

12. Ningún hombre, ninguna mujer de buena voluntad puede eximirse del esfuerzo en la lucha para vencer al mal con el bien. Es una lucha que se combate eficazmente sólo con las armas del amor. *Cuando el bien vence al mal, reina el amor y donde reina el amor reina la paz.* Es la enseñanza del Evangelio, recordada por el Concilio Vaticano II: “La ley fundamental de la perfección humana, y por ello de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor”.²⁰

Esto también es verdad en el ámbito social y político. A este respecto, el Papa León XIII escribió que quienes tienen el deber de proveer al bien de la paz en las relaciones entre los pueblos han de alimentar en sí mismos e infundir en los demás “la caridad, señora y reina de todas las virtudes”.²¹ Los cristianos han de ser testigos convencidos de esta verdad; han de saber mostrar con su vida que el amor es la única fuerza capaz de llevar a la perfección personal y social, el único dinamismo posible para hacer avanzar la historia hacia el bien y la paz.

En este año dedicado a la *Eucaristía*, los hijos de la Iglesia han de encontrar en el *Sacramento supremo del amor* la fuente de toda comunión: comunión con Jesús Redentor y, en Él, con todo ser humano. En virtud de la muerte y resurrección de Cristo, sacramentalmente presentes en cada Celebración eucarística, somos rescatados del mal y capacitados para hacer el bien. Gracias a la vida nueva que Él nos ha dado, podemos reconocernos como herma-

¹⁸ Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes*, 22.

¹⁹ Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 35.

²⁰ Cons. past. *Gaudium et spes*, 38.

²¹ Enc. *Rerum novarum: Acta Leonis XIII*, 11 (1892), 143; cf. Benedicto XV, Enc. *Pacem Dei*: AAS 12 (1920), 215.

nos, por encima de cualquier diferencia de lengua, nacionalidad o cultura. En una palabra, por la participación en el mismo Pan y el mismo Cáliz, podemos sentirnos “familia de Dios” y al mismo tiempo contribuir de manera concreta y eficaz a la edificación de un mundo fundado en los valores de la justicia, la libertad y la paz.

Vaticano, 8 de diciembre de 2004.

MENSAJE PARA LA CELEBRACIÓN DE LA JORNADA MUNDIAL DE LOS EMIGRANTES Y REFUGIADOS

“La integración Intercultural”

Queridos hermanos y hermanas:

1. Se aproxima la Jornada del Emigrante y del Refugiado. En el Mensaje anual, que suelo enviaros con esta ocasión, quisiera referirme, esta vez, al fenómeno migratorio desde el punto de vista de la integración.

Muchos utilizan esta palabra para indicar la necesidad de que los emigrantes se inserten de verdad en los países de acogida, pero el contenido de este concepto y su práctica no se definen fácilmente. A este respecto, me complace trazar su marco recordando la reciente Instrucción “Erga migrantes caritas Christi” (cf. nn. 2, 42, 43, 62, 80 y 89).

En ella la integración no se presenta como una asimilación, que induce a suprimir o a olvidar la propia identidad cultural. El contacto con el otro lleva, más bien, a descubrir su “secreto”, a abrirse a él para aceptar sus aspectos válidos y contribuir así a un conocimiento mayor de cada uno. Es un proceso largo, encaminado a formar sociedades y culturas, haciendo que sean cada vez más reflejo de los multiformes dones de Dios a los hombres. En ese proceso, el emigrante se esfuerza por dar los pasos necesarios para la integración social, como el aprendizaje de la

lengua nacional y la adecuación a las leyes y a las exigencias del trabajo, a fin de evitar la creación de una diferenciación exasperada.

No trataré los diversos aspectos de la integración. En esta ocasión, sólo deseo profundizar con vosotros en algunas implicaciones del aspecto intercultural.

2. De todos es conocido el conflicto de identidad que a menudo se verifica en el encuentro entre personas de culturas diversas. En ello no faltan elementos positivos. Al insertarse en un ambiente nuevo, el inmigrante con frecuencia toma mayor conciencia de quién es, especialmente cuando siente la falta de personas y valores que son importantes para él.

En nuestras sociedades, marcadas por el fenómeno global de la migración, es preciso buscar un justo equilibrio entre el respeto de la propia identidad y el reconocimiento de la ajena. En efecto, es necesario reconocer la legítima pluralidad de las culturas presentes en un país, en compatibilidad con la tutela del orden, del que dependen la paz social y la libertad de los ciudadanos.

En efecto, se deben excluir tanto los modelos asimilacionistas, que tienden a hacer que el otro sea una copia de sí, como los modelos de marginación de los inmigrantes, con actitudes que pueden llevar incluso a la práctica del apartheid. Es preciso seguir el camino de la auténtica integración (cf. *Ecclesia in Europa*, 102), con una perspectiva abierta, que evite considerar sólo las diferencias entre inmigrantes y autóctonos (cf. *Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2001*, n. 12).

3. Así surge la necesidad del diálogo entre hombres de culturas diversas en un marco de pluralismo que vaya más allá de la simple tolerancia y llegue a la simpatía. Una simple yuxtaposición de grupos de emigrantes y autóctonos tiende a la recíproca cerrazón de las culturas, o a la instauración entre ellas de simples relaciones de exterioridad o de tolerancia. En cambio, se debería promover una fecundación recíproca de las culturas. Eso supone el conocimiento y la apertura de las culturas entre sí, en un marco de auténtico entendimiento y benevolencia.

Además, los cristianos, por su parte, conscientes de la trascendente acción del Espíritu, saben reconocer la presencia en las diversas culturas de “valiosos elementos religiosos y humanos” (cf. *Gaudium et spes*, 92), que pueden ofrecer sólidas perspectivas de entendimiento mutuo. Obviamente, es preciso conjugar el principio del respeto de las diferencias culturales con el de la tutela de los valores comunes irrenunciables, porque están fundados en los derechos humanos universales. De

aquí brota el clima de “racionalidad cívica” que permite una convivencia amistosa y serena.

Los cristianos, si son coherentes consigo mismos, no pueden pues renunciar a predicar el Evangelio de Cristo a todas las gentes (cf. Mc 16, 15). Obviamente, lo deben hacer respetando la conciencia de los demás y practicando siempre el método de la caridad, como ya recomendaba san Pablo a los primeros cristianos (cf. Ef 4, 15).

4. La imagen del profeta Isaías que he recordado varias veces en los encuentros con los jóvenes de todo el mundo (cf. Is 21, 11-12) podría utilizarse también aquí para invitar a todos los creyentes a ser “centinelas de la mañana”. Como centinelas, los cristianos deben ante todo escuchar el grito de ayuda que lanzan tantos inmigrantes y refugiados, y luego deben promover, con un compromiso activo, perspectivas de esperanza, que anticipen el alba de una sociedad más abierta y solidaria. A ellos, en primer lugar, corresponde descubrir la presencia de Dios en la historia, incluso cuando todo parece estar aún envuelto en las tinieblas.

Con este deseo, que transformo en oración al Dios que quiere reunir en torno a sí a todos los pueblos y a todas las lenguas (cf. Is 66, 18), envío a cada uno con gran afecto mi bendición.

Vaticano, 24 de noviembre de 2004.

CARTA APOSTÓLICA DIRIGIDA A LOS RESPONSABLES DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

“EL RÁPIDO DESARROLLO”

1. Un signo del progreso que experimenta la sociedad actual consiste, sin duda, en el rápido desarrollo de las tecnologías en el campo de los medios de comunicación. Al contemplar estas novedades en continua evolución resulta aún más actual cuanto se lee en el Decreto del Concilio Ecuménico Vaticano II «Inter mirifica» promulgado por mi predecesor, el siervo de Dios Pablo VI, el 4 de diciembre de 1963: «Entre los maravillosos inventos de la técnica que, sobre todo en nuestros tiempos, ha extraído el ingenio humano, con la ayuda de Dios, de las cosas creadas, la Madre Iglesia acoge y fomenta con peculiar solicitud aquellos que miran principalmente al espíritu humano y han abierto nuevos caminos para comunicar, con extraordinaria facilidad, todo tipo de noticias, ideas y doctrinas»[1].

I. UN CAMINO FECUNDO TRAZADO POR EL DECRETO «INTER MIRIFICA»

2. Transcurridos más de cuarenta años desde la publicación de aquel documento, se hace oportuna una nueva reflexión sobre los «desafíos» que las comuni-

[1] N. 1.

caciones sociales plantean a la Iglesia, la cual, como indicó Pablo VI, «se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios»[2]. De hecho, la Iglesia no ha de contemplar tan sólo el uso de estos medios de comunicación para difundir el Evangelio sino, hoy más que nunca, para integrar el mensaje salvífico en la ‘nueva cultura’ que precisamente los mismos medios crean y amplifican. La Iglesia advierte que el uso de las técnicas y de las tecnologías de la comunicación contemporánea es parte integrante de su propia misión en el tercer milenio.

Movida por esta conciencia, la comunidad cristiana ha dado pasos significativos en el uso de los medios de comunicación para la información religiosa, para la evangelización y la catequesis, para la formación de los agentes de pastoral en este sector y para la educación de una madura responsabilidad de los usuarios y destinatarios de los mismos instrumentos de la comunicación.

3. Los desafíos para la nueva evangelización, en un mundo rico en potencialidad comunicativa como el nuestro, son múltiples. Al tomar en cuenta esta realidad he querido subrayar, en la Carta encíclica «Redemptoris missio», que el mundo de la comunicación es el primer areópago del tiempo moderno, capaz de unificar a la humanidad transformándola, como suele decirse, en «una aldea global». Los medios de comunicación social han alcanzado importancia hasta el punto de que son para muchos el principal instrumento de guía e inspiración para su comportamiento individual, familiar y social. Se trata de un problema complejo, ya que tal cultura, antes que de «los contenidos», nace del hecho mismo de la existencia de nuevos modos de comunicar, dotados de técnicas y lenguajes inéditos.

Vivimos en una época de comunicación global, en que muchos momentos de la existencia humana se articulan a través de procesos mediáticos o por lo menos deben confrontarse con ellos. Me limito a recordar la formación de la personalidad y de la conciencia, la interpretación y la estructuración de lazos afectivos, la articulación de las fases educativas y formativas, la elaboración y la difusión de fenómenos culturales, el desarrollo de la vida social, política y económica.

En una visión orgánica y correcta del desarrollo del ser humano, los medios de comunicación pueden y deben promover la justicia y la solidaridad, refiriendo los acontecimientos de modo cuidadoso y verdadero, analizando completamente las situaciones y los problemas, y dando voz a las diversas opiniones. Los criterios

[2] Exhortación Apostólica «Evangelii nuntiandi» (8 de diciembre de 1975): AAS 68 (1976), 35.

supremos de la verdad y la justicia en el ejercicio maduro de la libertad y de la responsabilidad, constituyen el horizonte dentro el cual se sitúa una auténtica deontología en el aprovechamiento de los modernos y potentes medios de comunicación social.

II. DISCERNIMIENTO EVANGÉLICO Y COMPROMISO MISIONERO

4. También el mundo de los medios de comunicación necesita la redención de Cristo. Para analizar, con los ojos de la fe, los procesos y el valor de las comunicaciones sociales resulta de indudable utilidad la profundización de la Sagrada Escritura, la cual se presenta como un «gran código» de comunicación de un mensaje no efímero y ocasional, sino fundamental en razón de su valor salvífico.

La historia de la salvación narra y documenta la comunicación de Dios con el hombre, comunicación que utiliza todas las formas y modalidades del comunicar. El ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios para acoger la revelación divina y para entablar un diálogo de amor con Él. A causa del pecado, esta capacidad de diálogo ha sido alterada, sea a escala personal o social, y los hombres han hecho y continúan haciendo la amarga experiencia de la incompreensión y de la lejanía. Sin embargo Dios no los ha abandonado y les ha enviado a su mismo Hijo (cf. Mc 12, 1-11). En el Verbo hecho carne el evento comunicativo asume su máxima dimensión salvífica: de este modo se entrega al hombre, en el Espíritu Santo, la capacidad de recibir la salvación y de anunciarla y testimoniarla a sus hermanos.

5. La comunicación entre Dios y la humanidad ha alcanzado por tanto su perfección en el Verbo hecho carne. El acto de amor a través del cual Dios se revela, unido a la respuesta de fe de la humanidad, genera un diálogo fecundo. Precisamente por esto al hacer nuestra, en cierto modo, la petición de los discípulos «enseñanos a orar» (Lc 11, 1), podemos pedirle al Señor que nos guíe para entender cómo comunicarnos con Dios y con los hombres a través de los maravillosos instrumentos de la comunicación social. Reconducidos al horizonte de tal comunicación última y decisiva, los medios de comunicación social se revelan como una oportunidad providencial para llegar a los hombres en cualquier latitud, superando las barreras de tiempo, de espacio y de lengua, formulando en las más diversas modalidades los contenidos de la fe y ofreciendo a quien busca lugares seguros que permitan entrar en diálogo con el misterio de Dios revelado plenamente en Cristo Jesús.

El Verbo encarnado nos ha dejado el ejemplo de cómo comunicarnos con el Padre y con los hombres, sea viviendo momentos de silencio y de recogimiento, sea predicando en todo lugar y con todos los lenguajes posibles. Él explica las Escrituras, se expresa en parábolas, dialoga en la intimidad de las casas, habla en las plazas, en las calles, en las orillas del lago, sobre las cimas de los montes. El encuentro personal con Él no deja indiferente, al contrario, estimula a imitarlo: «Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que os digo al oído, proclamadlo desde los terrados» (Mt 10, 27).

Hay después un momento culminante en el cual la comunicación se hace comunión plena: es el encuentro eucarístico. Reconociendo a Jesús en la «fracción del pan» (cf. Lc 24, 30-31), los creyentes se sienten impulsados a anunciar su muerte y resurrección y a volverse valientes y gozosos testigos de su Reino (cf. Lc 24, 35).

6. Gracias a la Redención, la capacidad comunicativa de los creyentes se ha sanado y renovado. El encuentro con Cristo los transforma en criaturas nuevas, les permite entrar a formar parte de aquel pueblo que Él ha conquistado con su sangre muriendo sobre la Cruz, y los introduce en la vida íntima de la Trinidad, que es comunicación continua y circular de amor perfecto e infinito entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La comunicación penetra las dimensiones esenciales de la Iglesia, llamada a anunciar a todos el gozoso mensaje de la salvación. Por esto, ella asume las oportunidades ofrecidas por los instrumentos de la comunicación social como caminos ofrecidos providencialmente por Dios en nuestros días para acrecentar la comunión y hacer más incisivo el anuncio[3]. Los medios de comunicación permiten manifestar el carácter universal del Pueblo de Dios, favoreciendo un intercambio más intenso e inmediato entre las Iglesias locales y alimentando el recíproco conocimiento y colaboración.

III. CAMBIO DE MENTALIDAD Y RENOVACIÓN PASTORAL

7. En los medios de comunicación la Iglesia encuentra un apoyo excelente para difundir el Evangelio y los valores religiosos, para promover el diálogo y la

[3] Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica post sinodal «Christifideles laici» (30 de diciembre de 1998), 18-24; AAS (1989), 421-435; cf. Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales, Instrucción pastoral «Ætatis novæ» (22 de febrero de 1992), 10; AAS 84 (1992), 454-455.

cooperación ecuménica e interreligiosa, así como para defender aquellos sólidos principios indispensables para la construcción de una sociedad respetuosa de la dignidad de la persona humana y atenta al bien común. Asimismo la Iglesia los emplea con gusto para la propia información y para dilatar los confines de la evangelización, de la catequesis y de la formación, en la conciencia de que su utilización da respuesta al mandato del Señor: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16, 15).

Misión ciertamente no fácil en nuestra época, en la cual se ha difundido en muchos la convicción de que el tiempo de las certezas ha pasado irremediablemente: el hombre debería aprender a vivir en un horizonte de total ausencia de sentido, en busca de lo provisorio y de lo fugaz[4]. En este contexto, los instrumentos de comunicación pueden ser usados «para proclamar el Evangelio o para reducirlo al silencio en los corazones de los hombres»[5]. Esto representa un serio reto para los creyentes, sobre todo para los padres, familias y para cuantos son responsables de la formación de la infancia y de la juventud. Es oportuno que, con prudencia y sabiduría pastoral, se fomente en las comunidades eclesiales la dedicación al trabajo en el campo de la comunicación, y así contar con profesionales capaces de un diálogo eficaz con el vasto mundo mediático.

8. Valorizar los medios de comunicación no es sólo tarea de «entendidos» del sector, sino también de toda la comunidad eclesial. Si, como se ha dicho antes, las comunicaciones sociales comprenden todos los ámbitos de la expresión de la fe, es la vida cristiana en conjunto la que debe tener en cuenta la cultura mediática en la que vivimos: desde la liturgia, suprema y fundamental expresión de la comunicación con Dios y con los hermanos, a la catequesis que no puede prescindir del hecho de dirigirse a sujetos influenciados por el lenguaje y la cultura contemporáneos.

El fenómeno actual de las comunicaciones sociales impulsa a la Iglesia a una suerte de «conversión» pastoral y cultural para estar en grado de afrontar de manera adecuada el cambio de época que estamos viviendo. De esta exigencia se deben hacer intérpretes, sobre todo, los Pastores: es importante trabajar para que el anuncio del Evangelio se haga de modo incisivo, que estimule la escucha y favorezca la

[4] Cf. Juan Pablo II, Carta encíclica «Fides et ratio» (14 de septiembre de 1998), 91: AAS 91 (1999), 76-77.

[5] Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales, Instrucción pastoral «Ætatis novæ» (22 de febrero de 1992), 4: AAS 84 (1992), 450.

acogida[6]. En sintonía con los Pastores deben obrar todos los organismos de consejo y de coordinación de modo que, en su campo específico, se identifiquen las líneas pastorales más adecuadas para una eficaz acción misionera. Las personas consagradas, según su propio carisma, tienen una especial responsabilidad en este campo de las comunicaciones sociales. Una vez formadas espiritual y profesionalmente, «presten de buen grado sus servicios, según las oportunidades pastorales [...] para que se eviten, de una parte, los daños provocados por un uso adulterado de los medios y, de otra, se promueva una mejor calidad de las transmisiones, con mensajes respetuosos de la ley moral y ricos en valores humanos y cristianos.»[7].

9. Al tener precisamente en cuenta la importancia de los medios de comunicación, hace ya quince años que juzgué insuficiente dejarlos a la iniciativa individual o de grupos pequeños y sugerí que se insertaran con claridad en la programación pastoral[8]. Las nuevas tecnologías, en especial, crean nuevas oportunidades para una comunicación entendida como servicio al gobierno pastoral y a la organización de las diversas tareas de la comunidad cristiana. Piénsese, por ejemplo, en Internet: no sólo proporciona recursos para una mayor información, sino que también habitúa a las personas a una comunicación interactiva[9]. Muchos cristianos ya están usando este nuevo instrumento de modo creativo, explorando las potencialidades para la evangelización, para la educación, para la comunicación interna, para la administración y el gobierno. Junto a Internet se van utilizando nuevos medios y verificando nuevas formas de utilizar los instrumentos tradicionales. Los periódicos, las revistas, las publicaciones varias, la televisión y la radio católicos siguen siendo, todavía hoy, indispensables en el panorama completo de las comunicaciones eclesiales.

Los contenidos -que, naturalmente, se deben adaptar a las necesidades de los diversos grupos-, tendrán siempre por objeto hacer a las personas conscientes de la dimensión ética y moral de la información[10]. Del mismo modo, es importan-

[6]Cfr Juan Pablo II, Exhort. Ap. Post-sinodal, «Pastores gregis», 30: L'Osservatore Romano, 17 octubre 2003, p.6.

[7]Juan Pablo II, Exhort. Ap. Post-sinodal, «Vita consecrata» (25 marzo 1996), 99: AAS 88 (1996), 476.

[8]Juan Pablo II, Carta enc. «Redemptoris missio» (7 diciembre 1990), 37: AAS 83 (1991), 282-286.

[9] Cf. Pont. Consejo para las Comunicaciones Sociales, «La Iglesia e Internet» (22 febrero 2002), 6: Ciudad del Vaticano, 2002, pp.13-15.

[10] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Inter mirifica, 15-16; Pont. Comisión para los Comunicaciones Sociales, Inst. pastoral «Communio et progressio» (23 mayo 1971), 107: AAS 63 (1971) 631-632; Pont. Consejo para las Comunicaciones Sociales, inst. pastoral «Ætatis novæ» (22 febrero 1992), 18: AAS 84 (1992), 460.

te garantizar la formación y la atención pastoral de los profesionales de la comunicación. Con frecuencia estas personas se encuentran ante presiones particulares y dilemas éticos que emergen del trabajo cotidiano; muchos de ellos «están sinceramente deseosos de saber y de practicar lo que es justo en el campo ético y moral» y esperan de la Iglesia orientación y apoyo[11].

IV. Los medios de comunicación, encrucijada de las grandes cuestiones sociales

10. La Iglesia, que en razón del mensaje de salvación confiado por su Señor es maestra de humanidad, siente el deber de ofrecer su propia contribución para una mejor comprensión de las perspectivas y de las responsabilidades ligadas al actual desarrollo de las comunicaciones sociales. Precisamente porque influyen sobre la conciencia de los individuos, conforman la mentalidad y determinan la visión de las cosas, es necesario insistir de manera clara y fuerte que los instrumentos de la comunicación social constituyen un patrimonio que se debe tutelar y promover. Es necesario que las comunicaciones sociales entren en un cuadro de derechos y deberes orgánicamente estructurados, sea desde el punto de vista de la formación y responsabilidad ética, cuanto de la referencia a las leyes y a las competencias institucionales.

El positivo desarrollo de los medios de comunicación al servicio del bien común es una responsabilidad de todos y de cada uno[12]. Debido a los fuertes vínculos que los medios de comunicación tienen con la economía, la política y la cultura, es necesario un sistema de gestión que esté en grado de salvaguardar la centralidad y la dignidad de la persona, el primado de la familia, célula fundamental de la sociedad, y la correcta relación entre las diversas instancias.

11. Se imponen algunas decisiones que se pueden sintetizar en tres opciones fundamentales: formación, participación, diálogo.

En primer lugar es necesaria una vasta obra formativa para que los medios de comunicación sean conocidos y usados de manera consciente y apropiada. Los nuevos lenguajes introducidos por ellos modifican los procesos de aprendizaje y la cualidad de las relaciones interpersonales, por lo cual, sin una adecuada formación

[11]Cf. Ibid., 19: l.c.

[12] Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2494.

se corre el riesgo de que en vez de estar al servicio de las personas, las instrumentalicen y las condicionen gravemente. Esto vale, de manera especial, para los jóvenes que manifiestan una natural propensión a las innovaciones tecnológicas y que, por eso mismo, tienen una mayor necesidad de ser educados en el uso responsable y crítico de los medios de comunicación.

En segundo lugar, quisiera dirigir la atención sobre el acceso a los medios de comunicación y sobre la participación responsable en la gestión de los mismos. Si las comunicaciones sociales son un bien destinado a toda la humanidad, se deben encontrar formas siempre actualizadas para garantizar el pluralismo y para hacer posible una verdadera participación de todos en su gestión, incluso a través de oportunas medidas legislativas. Es necesario hacer crecer la cultura de la corresponsabilidad.

Por último, no se debe olvidar las grandes potencialidades que los medios de comunicación tienen para favorecer el diálogo convirtiéndose en vehículos de conocimiento recíproco, de solidaridad y de paz. Dichos medios constituyen un poderoso recurso positivo si se ponen al servicio de la comprensión entre los pueblos y, en cambio, un «arma» destructiva, si se usan para alimentar injusticias y conflictos. De manera profética, mi predecesor el beato Juan XXIII, en la encíclica «Pacem in terris», había ya puesto en guardia a la humanidad sobre tales potenciales riesgos[13].

12. Suscita un gran interés la reflexión sobre la participación «de la opinión pública en la Iglesia» y «de la Iglesia en la opinión pública». Mi predecesor Pío XII, de feliz memoria, al encontrarse con los editores de los periódicos católicos les decía que algo faltaría en vida de la Iglesia si no existiese la opinión pública. Este mismo concepto ha sido confirmado en otras circunstancias[14], en el código de derecho canónico, bajo determinadas condiciones, se reconoce el derecho a expresar la propia opinión[15]. Si es cierto que las verdades de fe no están abiertas a

[13] Cf. Juan Pablo II, Mensaje para la 37ª jornada mundial de las comunicaciones sociales (24 enero 2003): «L'Osservatore Romano», 25 enero 2003, p. 6.

[14] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, «Lumen Gentium», 37; Pont. Comisión para las Comunicaciones Sociales, Inst. pastoral «Communio et progressio» (23 mayo 1971), 114-117: AAS (1971), 634-635.

[15] Can. 212, § 3: «Tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los Pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestar a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe y de las costumbres, la reverencia hacia los Pastores y habida cuenta de la utilidad común y de la dignidad de las personas».

interpretaciones arbitrarias y el respeto por los derechos de los otros crea límites intrínsecos a las expresiones de las propias valoraciones, no es menos cierto que existe en otros campos, entre los católicos, un amplio espacio para el intercambio de opiniones, en un diálogo respetuoso de la justicia y de la prudencia.

Tanto la comunicación en el seno de la comunidad eclesial, como la de Iglesia con el mundo, exigen transparencia y un modo nuevo de afrontar las cuestiones referentes al universo de los medios de comunicación. Tal comunicación debe tender a un diálogo constructivo para promover en la comunidad cristiana una opinión pública rectamente informada y capaz de discernir. La Iglesia, al igual que otras instituciones o grupos, tiene la necesidad y el derecho de dar a conocer las propias actividades pero al mismo tiempo, cuando sea necesario, debe poder garantizar una adecuada reserva, sin que ello perjudique una comunicación puntual y suficiente de los hechos eclesiales. Es éste uno de los campos donde se requiere una mayor colaboración entre fieles laicos y pastores ya que, como subraya oportunamente el Concilio, «de este trato familiar entre los laicos y pastores son de esperar muchos bienes para la Iglesia, porque así se robustece en los seglares el sentido de su propia responsabilidad, se fomenta el entusiasmo y se asocian con mayor facilidad las fuerzas de los fieles a la obra de los pastores. Pues estos últimos, ayudados por la experiencia de los laicos, pueden juzgar con mayor precisión y aptitud tanto los asuntos espirituales como los temporales, de suerte que la Iglesia entera, fortalecida por todos sus miembros, pueda cumplir con mayor eficacia su misión en favor de la vida del mundo» [16].

V. COMUNICAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

13. El gran reto para los creyentes y para las personas de buena voluntad en nuestro tiempo es el de mantener una comunicación verdadera y libre, que contribuya a consolidar el progreso integral del mundo. A todos se les pide saber cultivar un atento discernimiento y una constante vigilancia, madurando una sana capacidad crítica ante la fuerza persuasiva de los medios de comunicación.

También en este campo los creyentes en Cristo saben que pueden contar con la ayuda del Espíritu Santo. Ayuda aún más necesaria si se considera cuan grandes pueden ser las dificultades intrínsecas a la comunicación, tanto a causa de las ideologías, del deseo de ganancias y de poder, de las rivalidades y de los con-

[16] Conc. Ecum. Vat. II, «Lumen gentium», 37.

flictos entre individuos y grupos, como a causa de la fragilidad humana y de los males sociales. Las modernas tecnologías hacen que crezca de manera impresionante la velocidad, la cantidad y el alcance de la comunicación, pero no favorecen del mismo modo el frágil intercambio entre mente y mente, entre corazón y corazón, que debe caracterizar toda comunicación al servicio de la solidaridad y del amor.

En la historia de la salvación Cristo se nos ha presentado como «comunicador» del Padre: «Dios ... en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Heb 1,2). Él, Palabra eterna hecha carne, al comunicarse, manifiesta siempre respeto hacia aquellos que le escuchan, les enseña la comprensión de su situación y de sus necesidades, impulsa a la compasión por sus sufrimientos y a la firme resolución de decirles lo que tienen necesidad de escuchar, sin imposiciones ni compromisos, engaño o manipulación. Jesús enseña que la comunicación es un acto moral «El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas; el hombre malo, del tesoro malo saca cosas malas. Os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio. Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado» (Mt 12,35-37).

14. El apóstol Pablo ofrece un claro mensaje también para cuantos están comprometidos en las comunicaciones sociales -políticos, comunicadores profesionales, espectadores-: «Por lo tanto desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros. [...] No salga de vuestra boca palabra dañosa, sino la que sea conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchan» (Ef 4,25.29).

A los operadores de la comunicación y especialmente a los creyentes que trabajan en este importante ámbito de la sociedad, aplico la invitación que desde el inicio de mi ministerio de Pastor de la Iglesia he querido lanzar al mundo entero: «¡No tengáis miedo!».

¡No tengáis miedo de las nuevas tecnologías!, ya que están «entre las cosas maravillosas» —«Inter mirifica»— que Dios ha puesto a nuestra disposición para descubrir, usar, dar a conocer la verdad; también la verdad sobre nuestra dignidad y sobre nuestro destino de hijos suyos, herederos del Reino eterno.

¡No tengáis miedo de la oposición del mundo! Jesús nos ha asegurado «Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

¡No tengáis miedo de vuestra debilidad y de vuestra incapacidad! El divino Maestro ha dicho: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Comunicad el mensaje de esperanza, de gracia y de amor de Cristo, manteniendo siempre viva, en este mundo que pasa, la perspectiva eterna del cielo, perspectiva que ningún medio de comunicación podrá alcanzar directamente: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. » (1Cor 2,9).

A María, que nos ha dado el Verbo de vida y ha conservado en su corazón las palabras que no perecen, encomiendo el camino de la Iglesia en el mundo de hoy. Que la Virgen Santa nos ayude a comunicar, con todos los medios, la belleza y la alegría de la vida en Cristo nuestro Salvador.

Desde el Vaticano, 24 de enero de 2005, memoria de san Francisco de Sales, patrono de los periodistas.

IOANNES PAULUS II

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 156 Euros (mes 13 Euros)
50 ejemplares año . . . 312 Euros (mes 26 Euros)
100 ejemplares año . . . 572 Euros (mes 47,66 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid

